Año XIII, Nº 45 Junio, 1922



NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

"VIRYA"

REVISTA TEOSÓFICA

ORGANO DE LAS LOGIAS DE COSTA RICA

La ciencia describe algunos de los atributos de las cosas, pero las causas originales que producen esos atributos permanecen desconocidas para ella, y permanecerán así hasta que sus poderes de percepción sean capaces de penetrar en lo invisible.

FRANZ HARTMANN.

DIRECTOR:
TOMÁS POVEDANO

ADMINISTRACIÓN EN SAN JOSÉ DE COSTA RICA, A. C.
APARTADO NÚMERO 206

SUMARIO:

IMPRENTA ALSINA, SAN JOSÉ, COSTA RICA

“VIRYA”

"VIRYA"

ESTUDIOS DE TEOSOFÍA, HERMETISMO, ORIENTALISMO
PSICOLOGÍA, ETC.

Año XIII	San José, Costa Rica, Junio de 1922	Núm. 45



Permanente

La "Sociedad Teosófica", que fué fundada en 1875 por Helena Petrovna Blavatsky y Henry Steel Olcott, tiene su Cuartel General en Adyar, Madrás, — India Inglesa, — siendo su Presidente actual Mrs. Annie Besant, en virtud de elección general de teosofistas de todas partes del mundo. Las Logias establecidas en Centro América, por dicha Sociedad, son dependientes de la Sección Cubana, de la cual es Secretario General don Rafael de Albear.

Hacemos esta advertencia a nuestros lectores, para evitar errores y posibles confusiones con cualquiera otra Sociedad, que, habiendo adoptado el mismo nombre y empleando términos teosóficos o palabras tomadas de las enseñanzas de la Sociedad Teosófica, pretenda pasar por tal, desorientando así, tal vez, a muchos investigadores sinceros que desean conocer nuestras doctrinas.



FIESTA DEL LOTO BLANCO

8 de Mayo de 1922

SE celebró esta fiesta con igual dedicación que en años anteriores, siendo presidida por don Tomás Povedano en nombre de la Logia Virya y representada la Logia Dharana por la señorita Mercedes Montalto.

Usaron de la palabra el señor Presidente, la señora Carmen de Madrigal, la señorita Ana Rosa Chacón, el señor C. L. Sáenz, el señor Sotela y el señor Monturiol.

La orquesta, compuesta de armonio, dos violines y una flauta, fué dirigida por el señor don Enrique Jiménez Núñez, con su acostumbrada maestría, y amenizó los intermedios con brillantéz y empeño.

La señorita Flora Field sorprendió al numeroso auditorio con la revelación de facultades extraordinarias para el canto, y terminó el acto en la forma acostumbrada dejando los ánimos llenos de plácida y fraternal alegría, y esperanza en que la fecunda labor de los fundadores honorables e inspirados de la Sociedad Teosófica H. P. B. y Olcott, será cada día mejor comprendida y estimada por todo el mundo.

Dejamos de extendernos en pormenores y detalles de tan grato acto para dar cabida a otros de igual índole referentes a las Logias Teosóficas del Salvador.



H. P. Blavatsky

EL LOTO BLANCO

en el Centro Teosófico de San Salvador, el 8 de mayo de 1922

El director de este diario [1] ha recibido la invitación y el programa siguientes: San Salvador, 5 de mayo de 1922.— Estimado señor: Por mi medio, las Logias unidas TEOTL y ALETHEIA invitan a Ud. a la FIESTA DEL LOTO BLANCO, que se celebrará en el Centro Teosófico de ambas Ramas, el ocho del corriente a las 8 en punto de la noche.—La Fiesta del «Loto Blanco», más que una fiesta es un torneo de amor fraternal y cultura moral y espiritual, que los teosofistas todos del Mundo celebran en recuerdo y homenaje a la memoria de su Maestra, Elena Petroyna Blavatsky (fundadora de la Sociedad Teosófica, en Nueva York, en 1875), desaparecida del mundo de los vivos, el 8 de mayo de 1891.—Soy de Ud. muy atento y seguro servidor, RAMÓN AVILÉS.

PROGRAMA:

I. Discurso de apertura, por el Dr. don J. Max. Olano.— II. «Come le rose», cantado por don Gustavo Oriani, con acompañamiento de piano, por don Américo Oriani.—III. «Senderos luminosos», poema inédito leído por su autor, don Antonio Ochoa Alcántara.—IV. «Hungarian Rapsody», H. Hauser (Op. Nº 43), violín, por don Francisco López Navarro, con acompañamiento de piano, por la señorita Flora Herrera.—V. Conferencia dictada por el Doctor don Juan Felipe Orozco.—VI Discurso de clausura, por el Doctor don Vicente Cortés Reales.

---

[1] «El Diario Latino».

EN LA FIESTA DEL LOTO BLANCO, DE SAN SALVADOR

La concurrencia fué numerosa y distinguida. El Presidente de la Logia «Teotl», Doctor don J. Max. Olano, dictó su discurso de apertura, alocución erudita que gustó en alto grado.

Los hermanos Gustavo y Américo Oriani fueron aplaudidos por su buena ejecución de canto y piano.

El poeta Antonio Ochoa Alcántara leyó su poema inédito «Senderos luminosos». El señor Alcántara es una esperanza patria; puede Honduras enorgullecerse de tener un hijo de tan alto vuelo, que sin duda alguna le dará positiva gloria. Mañana publicaremos la composición de referencia.

El conocido artista Francisco López Navarro y la señorita Flora Herrera fueron calurosamente aplaudidos por la ejecución de su «Hungrian Rapsody», en violín y piano.

En breves pero elocuentes palabras, el Doctor don Juan F. Orozco disertó sobre la vida y genialidad de la Maestra Blavatsky y tradujo del francés varios grandiosos párrafos escritos por Levy.

Dulce como el canto de la alondra, la señorita Zelie Lardé cantó «Mamma mía, che vá sappé...», siendo ovacionada por el auditorio.

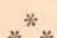
El Doctor don Vicente Cortés Reales clausuró el programa con un bien pensado discurso que versó sobre el materialismo del hombre actual y los efectos desastrosos de la falta de fraternidad

y del falso concepto de Patria. El Doctor Cortés Reales fué muy felicitado por su alocución.

Obsequióse con sabrosos sorbetes a los concurrentes, y como recuerdo de la Fiesta del Loto Blanco, a cada uno de los invitados se le dió una flor simbólica primorosamente confeccionada por la hermana María Ofelia Montalvo.

CODY. BILL

(Del «Diario Latino» de San Salvador).



*
* *

Discurso pronunciado por el doctor don Vicente Cortés Reales, el 8 de mayo de 1922, por motivo de la celebración de la Fiesta del «Loto Blanco», en San Salvador, América Central.

Señores:

DESIGNADO por ambas logias teosóficas de esta ciudad para desempeñar el último número en esta humilde, pero simpática fiesta del pensamiento y del espíritu, con que, según sabemos, se conmemora la desencarnación de la individualidad que, la última vez que ha estado entre nosotros, en la forma que llamamos viva, ha sido la mujer más grande del siglo diez y nueve, la señora Helena Petrovna Blavatsky, acontecimiento que se está celebrando en este día en todo el planeta que habitamos, cábeme la honra de presentaros en este momento nuestra sincera gratitud y nuestros más vehementes deseos de que os conservéis en lo venidero sanos y contentos con la Paz y la Fortuna por constantes compañeras, para que podamos, mientras se nos llega el fin de esta jornada por este valle de miserias, reunirnos siempre en aniversarios sucesivos que esperamos progresivamente más solemnes que el de ahora.

Pero antes de que nos separemos quiero hablaros un momento acerca de las consecuencias de la falta de FRATERNIDAD en que vivimos, de la falta de ese gran principio enseñado por todos los grandes instructores del género humano y que, proclamado en todos los pueblos cristianos, aun no ha sido comprendido por una mayoría abrumadora, no obstante que, para colmo, ha sido escrito

hasta con lágrimas y sangre por el pueblo francés durante el ordenado desorden de 1789, llegando por último hasta la consecuencia de que el tal principio ha sido consignado en las leyes fundamentales de algunas naciones entre las cuales tenemos la dicha de contar la nuestra, sin que, a pesar de tan intensa propaganda, haya sido puesto en práctica alguna vez, siquiera mediante y menos con alguna amplitud, triste es decirlo, ni siquiera entre las familias y menos entre las sociedades, desde las pequeñas hasta las naciones.

Como una demostración clara de lo dicho anteriormente, tenéis, para mencionaros hechos en abundancia, el perenne y abrumador trabajo de los tribunales, dirimiendo cuestiones sobre herencia entre las familias; y sobre la propiedad, el honor, etc., entre los demás; y pasando de un salto a las naciones, para no recorrer la extensísima escala de las sociedades, tenéis por allí las grandes conferencias de la paz, del desarme, la económica y muchas más en que por mucho que se trata del avenimiento de las naciones, están todavía en el enunciado del problema, que lleva trazas de resultarles irresoluble.

¿Y por qué? Pues simplemente, por falta de fraternidad, porque no queremos practicar el reconocimiento de ser hijos de un mismo padre, porque no queremos como tales cumplir todas nuestras obligaciones como miembros de la gran familia humana, para que tengamos también iguales derechos; o en otras palabras: porque no queremos cumplir el precepto de «A tu prójimo como a ti», pues estamos viendo que tanto entre individuos como entre naciones cada cual quiere realizar la satisfacción de sus propias necesidades y hasta de sus caprichosos deseos a costa y aun con sacrificio de los demás, lo cual nunca dará por resultado efecto distinto a las miserias; y por consiguiente, por tal camino, jamás llegaremos al reinado de la paz que todos anhelamos.

Demasiado notorio es, que mientras, por un lado, los grandes estadistas y representantes diplomáticos de las principales naciones del orbe estudian y se afanan en hallar la magna fórmula que dará la paz al mundo; otras grandes capacidades científicas, por otro, se afanan en aplicar los últimos descubrimientos, las más grandes invenciones, al arte de la guerra, al arte de destruir al prójimo, al arte que enseña la mejor manera de violar el quinto

precepto del Decálogo, al arte de matar, y de matar en grande escala, para diferenciarse así de nosotros los salvajes, que aun no hemos aprendido a tronchar cientos de vidas de un golpe. Mientras algunos políticos de buena voluntad procuran ajustar tratados con el loable fin de evitar la miseria y la muerte, otras capacidades se ocupan: unas en absorver toda la riqueza del mundo; y otras, en fabricar las más ventajosas máquinas para destruir a sus semejantes; y así tenemos esas instituciones que se llaman... trusts produciendo la miseria; las fábricas de la muerte vomitando balas y cañones; los laboratorios produciendo explosivos, gases asfixiantes y, como si esto no bastara, extrayendo el nitrógeno del aire sin cuidarse de las graves consecuencias que pudieren sobrevenir; los astilleros, produciendo febrilmente acorazados, cruceros y sumergibles de todas clases y tamaños; y hasta las que se ocupan de la fabricación de aparatos dominadores de las distancias y del aire, o sean ferrocarriles, automóviles, dirigibles y aeroplanos, no trabajan en ellos sin poner malos pensamientos en sus obras, haciéndolos adaptables para la destrucción de sus hermanos en caso de discordia. Y todo, como hemos visto, por falta de fraternidad, por abundancia de egoísmo.

Y como las virtudes y los defectos de los pueblos son semejantes a los de los individuos que los forman, porque son el conjunto o suma de los que estos tienen, resulta que al igual que un exagerado y erróneo concepto del amor propio lleva a los hombres desde la previsión hasta la malicia, desde la defensa hasta el ataque que puede llegar hasta el resultado de ultimar a su prójimo; así el exagerado y erróneo culto de la patria que hoy reina en todas partes y que no es más que la suma del exagerado y erróneo concepto del amor propio de todos los individuos de la especie humana de cada nacionalidad, está arrastrando a todas las naciones hacia lo más profundo de la más espantosa sima, con una rapidez tal, que es muy difícil, casi imposible, que nos detengamos en el descenso, hasta el grado en que parece que lo más prudente, es prepararnos para atenuar en lo posible los perniciosos efectos de la caída; mas como ésta a nadie es conveniente, hay que luchar con todo el esfuerzo de que somos capaces, para recobrar la perdida senda y seguir adelante, hasta alcanzar la meta en donde la dicha nos espera.

Así es, que mientras ese concepto de amor a la patria no sea substituido por un mejor concepto, o más bien dicho, mientras ese amor no sea substituido por un amor desinteresado, desposeído de las preocupaciones que producen la desconfianza que motiva el convencimiento de la falta de amor recíproco, no habrá paz en el mundo.

Mas como me parece que estoy cansando demasiado vuestra atención y creo que con lo que he dicho os sobra para comprender que casi todos los actos de la vida de los individuos de la especie humana están impulsados por sentimientos egoístas, exceptuando quizá únicamente las caricias de la madre al hijo, quiero también confesaros que reconozco que el egoísmo ha tenido su razón de ser, que ha sido la gran fuerza motriz que ha puesto en movimiento a la humanidad actual para llegar al grado de progreso eu que se halla, porque las humanidades, lo mismo que cada uno de los individuos que la forman, pasan por todas las edades; y así como los niños cuando comienzan el aprendizaje de las primeras letras o de las primeras reglas del arte que los harán aptos para la lucha por la vida, no comprenden el bien que con dichas enseñanzas se les hace y es necesario estimularlos con dulces, con premios, con diversiones y con cuanto puede agradarles, y entreveces hasta con lo que no les agrada, para que aprendan sus lecciones; pero que más tarde no ya los niños, sino los jóvenes que, con su razón ya en pleno desarrollo, comprenden que el mejor estímulo, que la mejor recompensa de su aplicación, está en los beneficios que recibirán de lo que se les enseña, y ya no trabajan por el interés de los dulces y premios, ni por temor a los castigos, sino por realizar sus propias aspiraciones; así la humanidad entera ha necesitado del egoísmo, de ese gran estímulo que se llama amor propio en el individuo y amor a la patria o patriotismo en el ciudadano.

Pero ahora, en el punto de evolución en que la humanidad se encuentra, en que debido a las obras del progreso las distancias apenas pueden oponerse a la rapidez de la comunicación del pensamiento y de la obra, y que por tanto las dichas y las penas, cualquiera que sea el lugar en que aparezcan, pronto llegan a ser mundiales, el egoísmo y el patriotismo, tales como hasta hoy se han entendido y practicado, van sieudo anacrónicos, o más bien

dicho, extemporáneos, su papel ha terminado; y aunque nos gusten y nos parezca imposible transformarlos, hay que resignarse a ello, porque nos impiden el progreso.

Debemos, pues, ir preparándonos para el gran cambio, ir pensando y llevando a la práctica un mejor concepto del amor propio que nos permita un mejor y más amplio concepto de la fraternidad que tanto nos falta o que tan mal practicamos; debemos ir pensando y acostumbrándonos a hacer práctico el pensamiento de que jamás llegaremos a ser felices si no procuramos la felicidad de los demás; y para ello, no tenemos tiempo que perder, debemos dar principio por laborar tesoneramente en la obra de generalizar y arraigar en todos esta idea, hasta el grado de que la manifiesten en todas sus acciones. Cuando lleguemos a ese punto, quedará transformado el axioma de «Si quieres paz, prepárate para la guerra», por la práctica del de «Si queréis gozar de paz, procuradla a los demás». Entonces y sólo entonces habremos empezado a vivir la verdadera vida, la vida del espíritu, porque habremos empezado a aprovechar las enseñanzas de los maestros, que dicen: «A tu prójimo como a ti»; «Amaos los unos a los otros»; «Seamos como el árbol de sándalo que perfuma al hacha que lo hiere»; «Devolved bien por mal»; «No hagáis resistencia al mal» y muchas más de la misma índole. Entonces también se harán innecesarias todas esas instituciones que se llaman: de policía, de seguridad, tribunales de justicia, casas de corrección, ejércitos, armadas, etc., etc., que sólo sirven para acarrearnos males, puesto que, cuando con más opulencia las tenemos, la humanidad se muere de hambre en la miseria.

Permitidme, pues, que en este día sea el más simpático final de nuestro turno en esta fiesta, la acción de nuestras Logias de reiteraros su gratitud por vuestra fina atención de acompañarnos, a la vez que la de imploraros, como un óbolo más para la glorificación de nuestra amable maestra H. P. Blavatski, que os dediquéis con entusiasmo a practicar y a exhortar y a hacer que sea practicada por vuestras familias y por vuestros amigos, la verdadera fraternidad, piedra angular de todas las doctrinas que vino a enseñarnos a cumplir el Maestro Jesús el Nazareno, aquel superhombre que, recibido a la vida por la humanidad en un establo de Bethleem y despedido de ella por la misma en una

cruz en la colina de «El Calvario», solamente nos dejó, en cambio del martirio, abiertas en par las puertas del sendero que debemos recorrer, para llegar en menos tiempo al perdido Paraíso, que os deseo como a hermanos.

¡Paz a todos los seres!

He dicho.

VICENTE CORTÉS REALES

San Salvador, 8 de mayo de 1922.

Rod71

*
* *

Reunión del 28 de diciembre de 1921.

¡NAVIDAD!

Inspirado y extractado de un trabajo de C. W. Leadbeater, por D. Manuel Treviño, y remitido por su autor para VIRYA.

Las dos más grandes fiestas de la Iglesia Cristiana, así como de todas las grandes religiones, son la Navidad, en la cual se celebra el nacimiento del Dios Sol, y la de Pascua de Resurrección, en la que se celebra Su victoria sobre las fuerzas de las tinieblas.

La Navidad se celebró siempre en aquel día después del Solsticio hiemal, esto es, de invierno, en el cual los días empiezan a crecer por mañana y tarde. En este solsticio empieza la tierra a alejarse del sol, en vez de ir hacia él; pero en cambio sus rayos van a caer cada día más perpendicularmente sobre el hemisferio norte de la tierra. La Pascua de Resurrección, aquella fiesta en que se celebra la victoria del Dios Sol sobre los poderes tenebrosos, tiene lugar después del equinocio de primavera cuando los días comienzan a ser más largos que las noches.

Estas fiestas datan de miles de años antes del nacimiento de Jesús y es muy natural que la Iglesia Cristiana las haya adoptado.

¿Por qué resultan estas fechas inadecuadas para el hemisferio Sur?

Hoy nos es desconocida la fecha exacta del nacimiento de

Jesús; pero por varias indicaciones que poseemos parece probable que ocurriera en primavera.

¿Por qué, pues, se aceptó el 25 de diciembre para la celebración de la Navidad, en la primitiva historia eclesiástica? La cosa es fácil y natural. Existiendo ya el festival solemne del Sol, era conveniente aprovecharse de la circunstancia de ser ésta una fiesta pública.

Hay dos clases de gentes que consideran de modos muy distintos estas conmemoraciones eclesiásticas. Los que sólo ven en ellas únicamente sucesos históricos y los que procurando descorrer un poco el velo que aparta de nuestras miradas el lado oculto de las cosas para investigar en las verdades de la naturaleza, reconocen el lado simbólico con significaciones interesantísimas.

Siete aspectos nos ofrece esta fiesta:

I.—El aspecto histórico que no debe ser desdeñado por nosotros. Hemos indicado la idea de que el nacimiento de Jesús pudiera no haber ocurrido el 25 de diciembre, día hoy señalado para la Navidad. Pero esto no merma en nada la solemnidad de la fiesta y su oportunidad puesto que lo importantísimo será no olvidar aquel acontecimiento. El día de Navidad sirve para conmemorar el descenso a la tierra del gran discípulo Jesús y dar lugar a una manifestación de gratitud por el hecho de haber él dejado su cuerpo al Gran Instructor para que pudiera venir a fundar Su religión y predicar sus enseñanzas.

Aquí surge una pregunta que preocupa a muchos, pero que es fácilmente resuelta, por los que conociendo los hechos de la reencarnación saben algo de la fuerza, poder y dignidad de Aquel Grande que designamos como el Instructor del Mundo. Sabemos que no sería para El práctico ni conveniente ocupar un cuerpo humano durante el transcurso de aquellos años que median entre el nacimiento y desarrollo que constituyen aquí los primeros peldaños de la vida. Por esto se ocupa un discípulo suyo de esta total preparación y desarrollo, y El desciende a ese cuerpo cuando ya está dispuesto, empleándolo para sus propósitos. Mientras tanto El vive habitualmente en un plano muy elevado, y desde allí dirige su obra, de modo tal, que no es común lo comprendamos.

En este caso concreto, un discípulo avanzado de Cristo el Señor, nació el año 105 antes de nuestra era, entre los descendientes del Rey David, como hijo de José y de María, recibiendo el nombre de Jesús. Permaneció encargado de su cuerpo hasta la edad de 30 años y se lo ofreció al Cristo que lo ocupó tres años durante Su ministerio terrenal.

El discípulo, Jesús, volvió a nacer, como Apolonio de Tyana, próximamente hacia la fecha que hoy se designa como comienzo de la era cristiana. Mil años después, volvió a aparecer como el gran instructor Ramanujacharya, quien influyó profundamente en el pensamiento indo. A su debido tiempo recibió la compensación a su sacrificio y alcanzó la Iniciación Asetcha, convirtiéndose en uno de los Maestros de Sabiduría. Ahora, ya no le reverenciamos como un discípulo sino como el Maestro Jesús.

Aparte de estos datos, hoy tiene para nosotros, miembros de la Estrella, una significación importantísima, cual es la conmemoración de aquella última vez en que el Gran Instructor tomó un cuerpo físico para poder enseñar a los hombres, hecho que esperamos se repetirá pronto para bien de la humanidad.

II.—No se como abordar la explicación del segundo aspecto; pues si os hablo empleando los símbolos de los griegos, es posible que no me comprendan los que carezcan de la preparación conveniente y, si hago mi exposición con las palabras que usa el cristianismo, alguien, llevado por sus prejuicios, entienda que quiero hacerle retrotraerse a la fe de que es quizá disidente en la forma.

Si queremos meditar en los tres aspectos del Logos o verbo, nos encontramos con lo que los cristianos llaman la Santísima Trinidad, la cual no es patrimonio exclusivo de ninguna religión.

Pues bien, en esta ocasión hemos de recordar el descenso del Segundo Logos o Segunda Persona de la Trinidad en la materia. Así como en un aspecto más concreto esto significa el descenso de nuestro Gran Instructor en un cuerpo humano para guiarnos y enseñarnos, por lo cual le debemos inmensa gratitud, así también deberemos manifestar nuestro profundo reconocimiento a la Gran Divinidad Solar por su bondadosa limitación de Su poder y Su Gloria con la cual nos trajo a esta existencia.

Hay quienes ignorando la gloria que se extiende ante todos nosotros y desconociendo algo del poderoso plan del cual forman

parte, no sienten gratitud por habérseles proporcionado esta existencia, pues sólo piensan en aquella ínfima parte que ven del gran ciclo de la vida.

Nosotros sabemos que trabajamos para la belleza del futuro, que ejecutamos algo del plan donde se manifiesta Su amor maravilloso y cuando nos alcanza un destello de él sentimos una fuerza que nos mueve y llena de gratitud, por haber sido señalados, aunque pequeños, para tomar parte en la gloria y perfección que llegará a ser.

III.—En otro de sus aspectos, nos recuerda el día de Navidad la primera de las grandes Iniciaciones, pues la Iglesia de los primeros siglos ordenó sus fiestas durante el año recordando estos grandes pasos de los que avanzan por el Sendero.

Esta primera gran Iniciación, significa para nosotros un segundo nacimiento; el nacimiento en la gran Hermandad Blanca. El Adviento es un período preparatorio en el cual se consideran las cualidades requeridas y ahora, en estos días, se presenta ante nosotros la cosa en sí y los resultados obtenidos.

Nos encontramos ante el hecho de la venida de un Gran Instructor y Salvador—no en el sentido de que viene a salvarnos de la tortura eterna, pues este es un error y una idea horrible que es causa de gran sufrimiento en el mundo—sino a salvarnos como al Iniciado, con su instrucción, apartándonos del error y la ignorancia y por consiguiente, de muchas penalidades y sufrimientos, consecuencia necesaria de nuestras limitaoiones.

Este día trae a nuestra mente aquel en que nosotros recibiremos esta maravillosa Iniciación y debemos regocijarnos en nuestros corazones pensando en lo futuro.

Aun cuando pocos lo reconocen de veras, la humanidad es una fraternidad y la unión entre los hombres es tan real y positiva que el bien alcanzado por uno de ellos es un bien que afecta a todos, siendo todos ayudados y elevados por esa adquisición.

Aparte de la exactitud histórica de la vida del Cristo según los Evangelios, hemos de considerar aquel relato como la historia espiritual de los que verdaderamente siguen al Cristo. Desde luego no es una historia: es un drama, una colección de episodios dispuestos como para ser representados en un retablo. La demostración de esto nos entretendría demasiado, pues habríamos

de acudir a las obras y dichos de los primeros padres de la Iglesia. Respetuosos con las ideas de los demás, dejemos a aquellos que creen en el relato como hechos de la vida de un gran ser, pues tal es la fe que necesitan. Si nosotros hemos nacido en esta raza y en el seno del Cristianismo, alguna razón habrá para ello y nuestra principal misión debe ser ayudar a la evolución de nuestros conciudadanos sin imponerles nuestras creencias, fomentando la fe del conocimiento y no estimulando la fe ciega.

Examinados los motivos principales de cada religión antigua y el propósito fundamental que la inspiraba, llegamos al Cristianismo, cuya idea central es el propio sacrificio. Esta hermosa idea puede ser el tema de nuestra influencia en los demás preparándoles así para la religión del amor universal.

IV.—Así como Adviento sugiere en nosotros la próxima venida de nuestro Señor, esta idea culmina en la Navidad. No podemos eludir en nosotros la idea de aquella próxima Gran Navidad cuando de nuevo aparezca entre nosotros. Aquel mismo, el mismo Gran Ser que tomó el cuerpo de Jesús, hace dos mil años, está dispuesto a venir otra vez para bendecir al mundo con Sus Enseñanzas y Su ayuda como lo bendijo la otra vez. La voz que habló como ningún hombre habla, otra vez hablará a los oídos de los hombres que ahora viven, y a no tardar mucho. Aquellos de entre nosotros que viven esta creencia, están naturalmente dispuestos para prepararse y preparar a los demás para recibirle, y a difundir esta nueva en el mundo exterior.

Resulta extraño la escasa preparación que en aquel entonces se hizo para recibir a un tan Gran Ser. Parece que hubo una gran espectación, como ahora, pero tan solo, que sepamos, estaba Juan Bautista. Las condiciones de hoy son muy diferentes y esto facilita la preparación en gran escala, y todos los que hayan examinado la evidencia de Su venida, encuentran muy buenas razones para esperar la llegada del Señor y preparar Su camino allanando los obstáculos.

En todo el mundo hay una gran espectación por la venida del Cristo. Todas las religiones, en tanto que son activas, le esperan. Los hindus esperan al Kalki Avatara; los budistas de hoy esperan al Señor Maitreya, que tal es el nombre con que designan al Gran Instructor que aquí se llama el Cristo. Entre los

mahometanos, un pretendiente que sobresalió, no hace muchos años en Africa, tuvo muchos partidarios porque dijo que era el Imam Mahdi, el Salvador que esperaban. No lo era, pero muchos lo creyeron, etc., etc.

¿Por qué hay esa espectación en el mundo entero? Si estudiamos el lado oculto de las cosas veremos que es el reflejo sobre las mentes de los hombres del conocimiento de los Grandes Seres, los Adèptos y los Devas. Ellos saben que el Gran Instructor va a venir y su conocimiento en la atmósfera mental se comunica a nuestros cuerpos mentales por una vibración simpática, que da lugar a esa gran espectación.

Nadie ignora que la necesidad del mundo es grande y todos podemos recordar las palabras de una escritura antigua donde se representa al Instructor del mundo diciendo:

«Cuando el mal triunfe, vendré en auxilio».

Aquellos que han llegado a los pies de esos Grandes Seres que saben estas cosas, han oído de ellos que:

«Cuando la Tierra esté preparada por vuestros esfuerzos, iré», y creen que debe ser pronto, puesto que la necesidad es grande. Claro está que esto no será una prueba evidente para los demás; pero es un testimonio muy digno de tomarse en cuenta.

Esforcémonos para que todo esté dispuesto a su llegáda; purifiquémonos y preparémonos a ser dignos de El cuando llegue; allanemos su camino, y si hace siglos, cuando vino en Judea, sólo encontró un Juan Bautista, que hoy todos, cada unó, conforme a sus posibilidades, aproveche esta oportunidad de ser un Juan Bautista para El y para el mundo.

V.—Debemos tener presente otro aspecto de la Venida del Cristo, su descenso al corazón de cada individuo, el desarrollo del principio Cristo en nosotros.

Esta encierra en sí un glorioso e íntimo misterio, la magnífica y más íntima unión entre el Segundo Logos, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad y el Gran Instructor del mundo y, a su vez, el lazo que une a Ambos con aquel principio en el hombre que designamos como la intuición, significando, sin embargo, mucho más que intuición, puesto que es el Saber que conoce internamente y no por el proceso del razonamiento.

Este principio Cristo, mora en todos y cada uno de nosotros,

y puede ser despertado, mejor dicho, está poniéndose en actividad hoy, a medida que comprendemos, sentimos y ponemos en práctica la fraternidad humana, puesto que de este modo realizamos la Paternidad de Dios.

Así llegamos al conocimiento de que nuestra conciencia separada no es otra cosa que una ilusión, pues somos uno en El. Primero, uno con todos los que le conocen y aman, y luego en mayor extensión con todo el mundo, le conozcan o no.

Lograr esa inmensa conciencia, realizar el Cristo en nosotros, no es cosa imposible, puesto que hoy lo están logrando algunos. A veces se manifiestan destellos de su gloria, relámpagos de su maravillosa paz y en esos momentos nosotros sabemos, sin que nunca jamás puedan ser olvidados estos vislumbres por aquellos que los han sentido y visto, aun cuando la pena, el sufrimiento y los horrores les asedien. El que ha visto, nunca más se borrará en él la evidencia y la certidumbre que llena ya para siempre su ser.

Es verdad que muchos que tocan esta gloria en un momento, son inconscientes de ello y no saben lo que es ni sienten la intensidad de su esplendor. Unicamente saben que han tenido momentos de éxtasis, momentos en los cuales el amor divino les inundaba de un modo que nunca pudieron imaginar, una gran paz como únicamente puede concebirse más allá de todas las cosas de la tierra. Pero luego, creciendo en nosotros esa certidumbre, haciéndose más intensa y más largos esos momentos de felicidad, esa superior conciencia se perpetúa en nosotros, Cristo está en nosotros y nosotros en El.

Entre nosotros hay quienes se esfuerzan conscientemente para alcanzar esta gloria con todo su esplendor. Para ello unos siguen el camino de la absorción intelectual más intensa; otros por el trabajo rudo de la acción; otros por la práctica de la virtud; pero el camino más corto, el método más directo de alcanzar rápidamente la mayor elevación es el deliberado despertar del Cristo en el corazón humano.

Por el continuado esfuerzo llevado científicamente crece más y más nuestro conocimiento hasta que conscientemente entramos en la gloria y plenitud del Cristo, realizando la existencia del Dios en el hombre. Tal es el nacimiento del Cristo en nuestros

corazones. Por esto y por la gloriosa oportunidad que se nos ofrece, debemos manifestar nuestra gratitud en los días de Navidad.

Y si Cristo va a nacer en nuestros corazones, debemos vivir la vida del Cristo, debemos manifestar Su espíritu a los que nos rodean. Pero el espíritu de Cristo es ante todo amor y fraternidad; por lo tanto, el hombre en el cual se desarrolla este espíritu, seguramente muestra al mundo su amor, su benevolencia, su tolerancia. Así decimos que un hombre es grande, noble, caballeroso, cuando es ampliamente tolerante, de gran corazón, de elevados pensamientos, etc , y precisamente esto es el resultado del principio Cristo que mora en él.

Otro signo evidente del desarrollo del Cristo en el hombre, es el altruísmo, pues esta es la clave y virtud principal que es origen de todas las demás.

¿Cuán distinto sería el mundo si todos pensaran en los demás antes que en sí mismos; si los hombres ejercitaran en ellos la más amplia y tolerante opinión de los otros!

VI.—Todos los grandes festivales tienen otro aspecto; el de ser canales especiales por los cuales fluyen abundantemente las fuerzas espirituales. Es cierto que en todo momento tienen lugar estas emisiones de elevadas fuerzas; pero en determinadas ocasiones este flujo es más intenso.

En todo el universo rigen leyes que los Grandes Seres utilizan con la mayor economía y menor gasto de energías posibles. Ya hemos consignado que estas grandes fiestas no son meras conmemoraciones de hechos físicos. Estos días señalados indican los momentos de acciones definidas por parte del Cristo viviente, bajo cuya influencia se encuentran cuantos confían en Su amor y Su ayuda.

Todos debemos apartarnos de los antiguos prejuicios haciendo un esfuerzo para comprender el principio en que descansa este asunto de la difusión y emanación de esa fuerza que desciende de los planos superiores.

Por estupenda que sea la fuerza empleada en la ayuda espiritual del hombre, jamás, según una ley inmutable, puede ser agotada en tanto que se utilice de la mejor y más conveniente manera.

Cristo es un gran oficial de la Gran Gerarquía y como tal

constantemente emana aquellas magnificientes fuerzas de Su elevado nivel.

Se contribuye a esta inmarcesible labor según los medios de cada cual; quienes pudiendo actuar en el astral ocupan sus noches ayudando a los obreros invisibles que alivian las penas y sufrimientos de las gentes; otros ayudando en el mundo objetivo a despertar en las mentes de los hombres por medio de la instrucción, el sentimiento de esta paz y recto deber. En estos y otros casos siemore hay una cantidad de esa fuerza divina en proporción al noble objeto y propósito que guía nuestras actividades para ayudar a los demás.

Así, cuando en una colectividad como ésta, nuestros nobles sentimientos son puestos en actividad al unísono, cuando nuestras mentes y nuestros corazones vibran en una forma elevada pensando en el bien de la humanidad y comprendiendo la posibilidad de ser un canal para la fuerza del Maestro, nos colocamos en condiciones favorables para que esa fuerza espiritual fluya aquí siendo una bendición para los que nos rodean.

VII.—Por último, aun hay otro aspecto de la Navidad. Esta es una fiesta que formula una llamada a los hombres de paz y buena voluntad.

Muchas gentes sienten hoy la necesidad de dar expansión a una alegría y regocijo que nace en sus corazones. Al manifestar este sentimiento lo hacen de un modo torpe y a veces contraproducente; no saben leer en su propio ser el dictado, el impulso de su conciencia y se desbordan sin saber por qué tumultuosamente. El espíritu que anima la Navidad es un sentimiento de fraternidad que se se desborda del corazón humano. Así que en tal día se manifiesta aún más que en el resto del año aquella buena voluntad, aquella nobleza y camaradería que vemos en muchos actos realizados por gentes; acordándose de aquellos otros seres que no son felices, que apenados verán transcurrir las horas en que muchos sienten el goce en sus corazones, y acudiendo a hacer felices en lo posible y alegres los días de los demás sin distinción de clases ni otras limitaciones. Se hacen más limosnas, se lleva el consuelo a más hogares, se aminoran los sufrimientos de muchos.

Si nos fijamos bien en estos hechos, nos daremos cuenta de

que esta es la fiesta en que se despierta más, dentro de lo posible, el sentimiento fraternal que debe unir a los hombres.

¿Podremos permanecer nosotros tristes y apenados ante este hecho significativo?

Hagamos que la Navidad entre en nuestros corazones, en nuestras almas, procuremos cada uno de nosotros aquello que los Angeles sintieron hace mucho tiempo. Ensalcemos al Dios de las alturas y que en nosotros more la alegría como hombres que somos de paz y buena voluntad. Pero ante todo procuremos que de esta dicha participen todos los hombres.

*
* *

DE LOS REPAROS OFRECIDOS

HABIENDO tenido que responder a las agresiones *que se manifiestan al exterior* contra la Teosofía, la Sociedad Teosófica y sus afiliados en Costa Rica, procuré saber si en los diarios más independientes hallaban benévola acogida mis escritos tendientes a rehuir toda polémica personal, sabiendo por dolorosa experiencia que «no hay peor sordo que el que no quiere oir», y en uso del derecho a la defensa de las enseñanzas que la Teosofía nos ofrece, viéndolas profanadas y equivocadamente expuestas por los contrarios intereses de los unos, o por la ignorancia de los otros.

Tuve la buena suerte de que la amplitud de miras del diario «La Tribuna» acogiera bondadosamente mi propósito y gracias a ello pude con algunos escritos dar comienzo a mi tarea, hasta allí donde lo permiten estas publicaciones que tienen que responder a intereses sociales de tan diversa índole y en lo posible a tendenciosas inclinaciones populares.

El artículo que sigue fué el último, escrito ya hace días para comenzar a cumplir mi ofrecimiento de poner reparo a los errores mencionados; pero «La Tribuna» no pudo, por sobra de material urgente darle oportuna

publicidad, y como es de suponer que igual tropiezo esperaría a los artículos que le siguieran, a pesar de la buena voluntad del Director y Redactores de dicho periódico, a quienes quedo muy agradecido, traslado éste y mis futuros reparos a VIRYA, donde tengo la ventaja de tratarlos con mayor claridad y amplitud, y la desventaja lamentable de que no lleguen tales reparos al pueblo, cerca del cual se trabaja para mantenerlo en crasísimo error respecto de cuanto pueda sacarlo de la esclavitud mental en que vegeta, alimentando sus odios y prevenciones sobre enseñanzas alentadoras y puras, en las que ahora o luego ha de encontrar su redención; el sendero de su dicha.

Dicho artículo es el siguiente:

TEOSOFIA Y TEOSOFISTAS

Hace ya largo tiempo que yo esperaba tener la oportunidad de llamar la atención—de quienes en lo que sigue se dignen emplearla—sobre la diferencia existente entre lo que es la Teosofía y lo que por razón natural son los teosofistas. Afortunadamente ha llegado esa oportunidad y he de aprovecharla. Por supuesto que, el término primero del dilema solamente puede ser bien desenvuelto por medio del libro y no en un compendioso artículo de periódico. Así pues, por ahora, he de limitarme a exponer uno que otro concepto respecto del particular y a ello voy.

Es la Teosofía la Divina Ciencia trasmitida edad tras edad por los hombres más adelantados en sabiduría y virtudes, para dar a conocer el por qué y el cómo de la existencia bajo todos sus aspectos, orígenes y conse-

cuentes finalidades. No pertenecen las enseñanzas teosóficas a religión particular alguna, ni están relacionadas con sociedad o tiempo alguno de manera exclusiva: «Son estas enseñanzas el privilegio de toda alma humana».

No es la Teosofía enemiga de las religiones: las ama y apoya en cuanto ellas tienen de virtual, y explica sus orígenes, símbolos y misterios. No posee credo ni ritual alguno, como no sea ese credo la fidelidad a la Verdad, y ese ritual el honrar a la Verdad en pensamiento, palabras y obras. (Véase «La Clave de la Teosofía»).

Seguro como estoy de que no faltará quien, con más tiempo de que disponer y con mejor preparación que la mía, vuelva sobre este punto, baste hoy con lo dicho; y si en ello hubiese error o falta de claridad de expresión, no recaiga ello sobre la «Ciencia de los principios y misterios de todas las cosas», o Teosofía, sino sobre mi impericia para en tan brevísima síntesis dar de tal Ciencia la más apropiada y terminante expresión, y vamos al segundo y principal propósito a que me dirijo. Digo mi principal propósito, por ser éste el de pagar una deuda; la que tengo contraída en anteriores escritos de ir poniendo reparos a varios de los grandes errores que prevalecen contra la Sociedad Teosófica por esos mundos de la pasión, de los prejuicios y de la superficialidad.

Hablar de la Sociedad Teosófica y de los teosofistas ofrece ancho campo a la fantasía y a la malquerencia, cosa no muy conforme con el verdadero espíritu del Cristianismo ni con el carácter que debe distinguir a pueblos adelantados como es éste en que vivimos.

Desde los que nos miran con terror supersticioso hasta los que consideran que nosotros, por virtud de formar parte de la Sociedad Teosófica debiéramos ser santos, se puede recorrer variada y original escala de entretenidos y curiosísimos prejuicios; ¿me será posible desvanecerlos? He de intentarlo al menos.

Comenzando por mí, puedo y debo afirmar, no sin pena, que, aun cuando constantemente lucho con defectos que me reconozco, y que tal vez en no pequeña parte disminuyo por virtud de la poderosa influencia de las enseñanzas teosóficas, todavía me considero muy lejos de haber alcanzado aquella perfección anhelada por el Cristo para todas sus criaturas, expresada así: «Sed perfectos en la Tierra como es perfecto en el Cielo el Padre Celestial». La lentitud de mi adelanto, si me aflige, no me acobarda ni desconcierta al estar persuadido, como lo estoy, de que la equitativa ley en que se desenvuelve toda existencia ofrece al desarrollo y perfección de mi alma tantas vidas cuantas sean necesarias. Esta fe alentó al Cristianismo, y es actualmente sostenida por la inmensa mayoría de los seres humanos, según es fácil demostrar.

Pues lo que digo de mí ¿por qué no ha de ser aplicable a los teosofistas en general que, repartidos por el mundo, aspiran a su mejoramiento y estudian y trabajan con empeño inquebrantable por mantener y acrecentar la libertad y el adelanto humano, y por la Fraternidad Universal? Seguramente que entre estos luchadores incansables hay no pocos que han logrado escalar envidiables alturas en el terreno de la sabiduría y la virtud, y algunos capaces de descorrer en gran parte el velo que oculta caritativamente el venero de donde se originan las maravillosas energías de la manifestación, tan fuga-

ces como bellas. Los hay que han realizado el prodigio de encontrar a Dios en su corazón: pero hay muchos también que, menos afortunados, ni sacan provecho de estas enseñanzas que se escapan a su débil comprensión, ni han ejercitado la voluntad para por medio de ella refrenar sus malas inclinaciones y perniciosas consecuencias.

Pero, ¿ocurre otra cosa en las asociaciones de todo género? ¿Acaso, los teosofistas, hemos descendido de mundo más adelantado que la tierra para venir a constituir nuestra Sociedad? Convengamos en que si algo esencial nos diferencia de los demás, ese algo se reduce a que hemos tenido el valor de pretender fundamentar nuestra fe en el conocimiento; en que no prestamos valor, ni concedemos autoridad a la impositiva voz de los que pretenden detener la rueda del adelanto, tan constante y firme en su girar eterno que la Voluntad Suprema impulsa, como es irrevertible en los días de la manifestación universal el girar de soles y mundos sobre sus órbitas respectivas; y mediante esta, nuestra independencia de criterio, indiferentes a burlas y reproches caprichosos, adquirimos conocimientos que ennoblecen el alma y el entendimiento; que justifican la vida; conocimientos sublimes sobre toda ponderación, que son menospreciados por nuestros opositores, por sistema y sin conocimiento de causa.

Cuando mejor se nos considera se nos llama locos. A propósito de ello copio el final del tomo 1º de «La Doctrina Secreta» en que nos dice su autora, H. P. Blavatsky:

«Los creyentes y defensores de la Doctrina Secreta, tendrán que soportar la acusación de locos, y aun peor, tan filosóficamente como lo ha hecho ya la escritora por largos años. Cuando quiera que un teosofista sea tachado

de loco, debe contestar citando las «Lettres Persannes» de Montesquieu:

Los hombres, al franquear tan libremente sus manicomios a los supuestos locos, sólo tratan de darse mutuamente la seguridad de que ellos mismos no lo están».

Tomás Povedano

*
* *

MAS SOBRE LOS REPAROS PROMETIDOS

Si las ofensas que se nos dirigen fueran de tendencia personal, por lo que a mí respecta, respondería con el silencio; pero, cuando ellas tienen en mira injuriar a los honorables jefes del movimiento teosófico, a mis compañeros de la Sociedad Teosófica, o se persiste en hacer creer a las gentes, que no tienen oportunidad de estudiar nuestras enseñanzas, en ideas por completo erróneas y de tendencias malignas, con la mira de hacérselas odiosas, entonces yo me consideraría cómplice de tan calumniosas versiones si no procurase ponerles correctivo: de aquí los reparos que pretendí efectuar por la prensa periódica y que remito a esta Revista.

Una de las malignas versiones que se explotan por la ignorancia y por los no ignorantes—que es lo más lamentable—contra la Teosofía, es aquella que predica que el alma humana al desprenderse del cuerpo trasmigra y se posesiona de cualesquier animal con el cual, por sus defectos y tendencias personales tuviese afinidad.

Encuentro la más clara y bien definida respuesta a semejante error en el libro «Bosquejo Teosófico» de Leadbeater, págs. 42 y 43, y a ella me remito. Dice así:

«He aquí, pues, en qué consiste la doctrina de la reencarnación y de los renacimientos; doctrina casi generalmente admitida por los pueblos civilizados de la antigüedad y que aun profesa la mayor parte de la especie humana».

«Lo que es indestructible—dice Hume—debe ser igualmente improcreable. Si el alma es inmortal, debe preexistir al nacimiento del cuerpo, y por lo tanto, la metemsícosis es el único sistema espiritualista admisible por la filosofía». (1)

Max Muller dice, a propósito de las teorías reencarnacionistas de la India y Grecia:

«Se basan en una idea que, de estar expresada en términos menos mito-

(1) Hume: Essay on Immortality. Londres, 1875.

lógicos, podría considerarse como la mejor prueba de superior cultura filosófica». (1)

«Como la doctrina evolucionista, tiene la de la trasmigración su raíz en el mundo de los hechos y se funda en todo cuanto la analogia puede proporcionar de más demostrativo en punto a argumentos». (2)

Vemos que tanto los escritores modernos como los antiguos consideran digna de serio examen la hipótesis reencarnacionista. Pero ni por un momento hemos de confundirla con aquella otra teoría, *hija de profunda ignorancia*, según la cual el alma, llegada por evolución a la etapa humana, podía regresar y convertirse en alma de bestia. De ningún modo. *Tal regresión es absolutamente imposible* Desde el punto en que un hombre existe (es decir, un alma humana con el cuerpo causal por envoltura), es imposible que retroceda al reino animal por más errores que cometa, por muchá que sea su terquedad en desperdiciar las ocasiones que de progreso se le ofrezcan. Si tal hombre es perezoso y desaplicado en la escuela de la vida de que antes hablábamos, habrá de repetir la misma lección hasta que pronto o tarde llegue a saberla, por lentos que sean sus adelantos.

Si el asunto en cuestión ofrecer pudiera duda para alguien, es fácil recurrir a otros testimonios y a ellos se recurrirá.

TOMÁS POVEDANO

NOTA.--Para darse clara idea de lo que significa «el cuerpo causal», se necesitan explicaciones extensas de que trataremos en otro número de VIRYA.

(1) Max Muller: Teosofía o Religión psicológica, 22. Edición de 1895.
(2) Huxley: Evolution and Ethies 61. Edición de 1895.

¿POR QUE DIFIERE LA TRINIDAD ARCAICA DE LA TRINIDAD CRISTIANA?

«Júpiter es Esposa y Esposo divino».—ORFEO.

En todas las antiguas Teogonías se concibe a Dios como trino en sus aspectos, a saber, como Padre, Madre e Hijo.

Podrá objetárseme que tal concepto de la Trinidad no está de acuerdo con el concepto de la Trinidad cristiana de Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Lo sé; pero, en cambio, está de acuerdo con todas las grandes Religiones extintas, con todas las Teogonías de los filósofos antiguos.

Y la razón de ello es obvia, pues los sabios antiguos consideraban la Trinidad en su relación hacia el Hombre, mientras que las Iglesias cristianas consideran al Hombre en su relación hacia la Trinidad.

***

¿Por qué han invertido las Iglesias cristianas el orden en la Trinidad, colocando al Espíritu Santo en el lugar que le corresponde al Hijo?

Lo explicaré, principiando por pedir al lector tenga presente que el Absoluto, por carácter de toda relatividad, *in emana* al Hijo Unigénito y que este Primer Nacido, antes de la Manifestación, es dual como Padre-Madre, como eterno Masculino y como eterno Femenino, de manera que la Trinidad Inmanifestada

se nos presenta como Hijo Padre-Madre. Y después de la Manifestación, la Trinidad se invierte, pues como producto del eterno Masculino y del eterno Femenino resulta el Universo fenomenal, o sea, el Hijo, de manera que la Trinidad se nos presenta como: Padre-Madre Hijo. En el primer caso tenemos a Dios como *Natura naturans*, en decir del filósofo Spinoza, y en el segundo LE tenemos como *Natura naturata*.

Muy sugestiva es la explicación que a este respecto da el Guru a su Chela: «EL es Uno pero es Dos, y EL es Dos pero es Tres. El Uno contiene Dos principios, y la unión de los Dos principios produce el Tercero. ¡EL es Uno y EL es Todo! Y este Uno es Esposa y es Esposo, y el Amor del Esposo por la Esposa y de la Esposa por el Esposo produce el Tercero que es Hijo».

Ahora bien; las Iglesias cristianas han invertido el orden de los citados aspectos de la Trinidad, primeramente porque hasta el siglo IV han querido ocultar la realidad del Misterio al vulgo, y luego porque ellas mismas lo han olvidado de tal manera que han perdido la clave de este augusto Arcano en el sentido que acabo de indicar.

*
* *

¿Luego la Trinidad de Padre-Hijo Espíritu Santo, tal como la profesan las Iglesias cristianas, carece de razón de ser?

No: la Trinidad cristiana, como lo insinué anteriormente, procede del Hombre hacia Dios, *de abajo hacia arriba*, y no está de acuerdo con la Trinidad arcaica, porque ésta procede de Dios hacia el Hombre, *de arriba hacia abajo*.

Tiene, pues, su razón de ser la Trinidad cristiana, porque se funda en la misma naturaleza del Hombre desde el punto de vista que voy a presentar.

Si tenemos presente que todas las Religiones son obra de nuestros Hermanos Mayores, de los Adeptos de la Fraternidad Blanca, hemos de saber que estos divinos Instructores de la Humanidad, con el fin de elevar al hombre-niño hasta el grado que pueda unificarse conscientemente con su triada en el Hijo, nos han dado siempre y nos dan lo que podemos recibir, y con este objeto, para afianzar nuestra evolución sobre verdades comprensibles, ciertamente que no podían revelarnos el Misterio de

la Trinidad en su augusta desnudez, pues dada la actual etapa de nuestra evolución somos semejantes a unos recién nacidos que necesitan de una madre que los críe y eduque. De ahí que, por medio de nuestros legisladores morales, Ellos nos han dicho:

«Nuestra Madre común es el Espíritu Santo, y por medio del *par de opuestos* que Ella os ofrece en su divino Amor habéis de alcanzar la Sabiduría en el Hijo».

Y en efecto, dado el estado de atraso moral e intelectual en que nos hallamos, nuestra mente no puede unificarse con el segundo Aspecto de la Trinidad, con Madre, por medio del Hijo cual lo hacen los Adeptos. Por esto es que se nos imponen las *fluctuaciones* que nos presenta el Amor del Espíritu Santo, para que por el egoísmo pasemos al altruísmo y vayamos así extendiendo nuestro amor no sólo a la familia, a la Patria, a la Raza, sino a la Humanidad entera, pues al realizar esto en nosotros hemos de realizar el Reino de Dios sobre la Tierra, y en el Hijo hemos de armonizarnos con la divina Trinidad a cuya imagen y semejanza hemos sido formados.

¡He ahí, pues, la razón de ser de la Trinidad cristiana!

Porque, para que el hombre sea Hombre, es necesario que la Madre lo críe y eduque: para que pueda el hombre alcanzar el grado del principio *búdhico*, para que pueda espiritualizarse como intuitivo, ha de pasar por los cuidados maternales, bajo las irradiaciones del Amor que proyecta el Eterno Femenino, o sea, el Espíritu Santo. Cuando el hombre deje de ser niño, entonces, y no antes, el Hombre estará en condiciones de desarrollar su tríada superior en el Hijo, *búdhicamente*.

***

Se enseña que el hombre está hecho a la imagen y semejanza de Dios, y es verdad.

Pero las Iglesias cristianas han hecho la Trinidad a la imagen y semejanza del hombre, involutivamente considerado; porque, en verdad, el hombre es trino como lo es su divino Hacedor: es Espíritu, es Alma y es Cuerpo, o sease, es *Padre* como Espíritu, es *Madre* como Alma, y es *Hijo* como producto de la acción de ambos; y trino es él, no sólo desde este punto de vista, sino que

lo es también moralmente considerado: porque el hombre actúa tal como él mismo lo desea, le vemos que es autoconsciencia-*Padre*, que es autodeseo *Madre*, y que es autoacción-*Hijo*.

Y en las Iglesias cristianas se ha perdido la clave del Misterio de la Trinidad divina, porque se ha perdido la del misterio de la trinidad humana. Nuestros cristianos no saben nada de esto, y el Hermafrodita divino es una fábula para ellos. Todas las Teogonías antiguas, incluso el primer capítulo de la Biblia, nos recuerdan lo que hemos sido antes de la división de los sexos, antes de la alegórica Caída del Edén, para que tengamos presente que por la espiritualización de nuestros poderes volveremos a ser lo que hemos sido. Trino es el Hombre, porque es una imagen y semejanza de la Trinidad divina, y tal como Esta se manifiesta a Sí Misma en el Hijo, que es el Mundo fenomenal, así cada uno de nosotros llegará evolutivamente a manifestarse a sí mismo en hijo, en virtud de los internos poderes que le son inherentes a cada Hombre como Padre-Madre que es.

Desde la Epoca lémur, en la actual etapa de nuestra evolución, esos poderes generativos están divididos en nosotros, de manera que el hombre no es unidad completa: el principio masculino no puede generarse a sí mismo, porque la unidad humana carece del principio femenino: solamente, unidos estos dos principios, se complementan dándonos al Hermafrodita formado de dos unidades, y unificados por el Amor, el hombre representa al Espíritu formador, la mujer a la Materia plástica, y con la fusión de estos dos factores podemos reproducir al Hijo.

Y así hemos de ir generándonos hasta que hallemos la *Palabra Perdida*, que hemos poseído como Hermafroditas divinos.

Cada hombre es una imagen y semejanza del Dios Triuno; pero, en nuestro estado de evolución actual, esta imagen y semejanza triádica, sólo la forman el Hombre y la Mujer unidos. El Hombre solo o la Mujer sola son incompletos como unidad divina, por cuanto él encarna al Espíritu y ella a la Materia. De ahí la fatal ceguera de Adán ante la intensa atracción de Eva. La Mujer, en la especie hominal, es Maya e Isis, porque es la representación más compleja e íntima de la Naturaleza. Y la Naturaleza es madre de nuestras almas y de nuestros cuerpos.

¡Honor, pues, a la Mujer, en el Cielo y en la Tierra! decía

Pitágoras con los Iniciados antiguos: ella nos hace comprender a esta augusta Mujer, a la Naturaleza. ¡Sea su imagen santificada, y que nos ayude a remontar por grados hasta la Gran Alma del Mundo que conserva y renueva, hasta la divina Cibeles que lleva a la colectividad de las almas en su manto de luz!

FRANCISCO BERTY

*
* *

De "El Loto Blanco"

FATALISMO, DETERMINISMO Y LIBRE ALBEDRIO

Si como creen los musulmanes, está escrito todo cuanto ha de sucederle al hombre, ¿de qué serviría la voluntad? ¿Qué fundamento tuviera la doctrina del libre albedrío? Seríamos autómatas sujetos al arbitrio de un destino fatal de causa desconocida, superior y anterior a nosotros, impotentes para alterar las condiciones establecidas en nuestro ser sin otra razón que el antojo de quien nos dió una vida que no pedíamos y nos puso en un mundo en el que todos entramos llorando y del que pocos salen riendo.

Pero aunque la teoría fatalista predomine con caracteres de dogma en el islamismo, tiene también en el mundo cristiano millones de adeptos inconscientes que, a pesar de las enseñanzas recibidas y no asimiladas, de las predicaciones oídas y no escuchadas, ni menos entendidas, creen a pie-juntillas en lo que ingenuamente llaman *la planeta*, o sea en resumidas cuentas la fatal sujeción del hombre a lo que por su destino le ha de suceder, sin que ni la más recia voluntad sea capaz de evitarlo.

¡Supersticiones del vulgo! exclamarán los filósofos de ateneo enciclopédico. Sin embargo, tal fué la creencia dominante entre los magnates, príncipes y no pocas lumbreras intelectuales de la Edad Media, entre ellas nada menos que Alberto el Magno.

Si el fatalismo fuera, como suponen sus creyentes, una deliberada predestinación de las humanas acciones, de modo que en

vano se esforzara la voluntad en evitar los sucesos tan sin razón preestablecidos, serían palabras vanas la libertad y la responsabilidad, holgarían los códigos, las leyes y los tribunales de justicia, porque no regirían en la vida individual y colectiva otras leyes que las del destino, fatalmente expresadas en aquella incomprendida sentencia: *no se mueve ni una hoja de árbol sin la voluntad de Dios.*

Con todo, algo de verdad hay en el fatalismo, aunque no en el sentido ni en el concepto de *inevitable* que el vulgo le atribuye. El destino, hado, karma, planeta, kismet o como quiera llamársele, es sin duda el conjunto de vicisitudes, circunstancias, ocasiones, obstáculos y facilidades que han de constituir el ambiente del individuo durante la vida terrena limitada por la cuna y el sepulcro. El cómo, cuándo y por qué establece el destino tanta diversidad de condiciones como individuos, favorables en unos, adversas en otros, dichosas en muy pocos, angustiosas en los más, terribles en algunos y entreveradas de dolor y gozo en todos, sólo puede explicarse racionalmente admitiendo la doctrina de la evolución del espíritu humano, tan ampliamente como admite hoy la ciencia la evolución de la materia y de la forma. Si admitimos la evolución del espíritu, comprenderemos que haya de ir actualizando gradualmente sus potencias volitiva, intelectiva y emotiva, o sean la voluntad, la inteligencia y la sensibilidad. Si el espíritu no evolucionara, todo ser humano poseería en el mismo grado las mismas características de voluntad, inteligencia y sensibilidad, so pena de que el Creador hubiese procedido con parcialidad y por lo tanto con manifiesta injusticia en la creación de las almas. Desde el momento en que unos hombres tienen más fuerza de voluntad, más inteligencia y más sensibilidad que otros, y no así con leves diferencias, sino con la enormísima que separa a un zulú de Newton y a un antropófago del Camerún de San Francisco de Asís, cabe preguntar: ¿No salieron igualmente del propio seno de Dios estas cuatro almas, estos cuatro espíritus libres y responsables? Pues ¿en qué consiste tan profunda diferencia en su actuación? ¿Por qué la inteligencia de millones de salvajes es tan roma como la de un pingüino y la de Newton tan aguda que horada el firmamento y descubre el quicio de los astros? ¿Por qué la sensibilidad del caribe ha de estar tan embo-

tada que no perciba las palpitaciones de su propio corazón en el de su semejante? ¿Por qué, la sensibilidad del serafín de Asís ha de ser tan delicada que trascienda su amor del reino humano y lo derrama también sobre todo cuanto vive, reconociendo la unidad de la vida en la diversidad de las formas?

Al meditar sobre estos fenómenos de la psicología humana no podrá menos de admitir la evolución del espíritu todo aquel que, libre de prejuicios y fanatismos, no halle ningún otro dis curso con qué dar satisfactoria solución al problema de la vida.

Admitida la evolución del espíritu y el gradual desenvolvimiento de sus potencias, se explica fácilmente que siendo la voluntad una de ellas, necesite, como necesita toda potencia, una *resistencia* para fortalecerse y vigorizarse. Esta resistencia es precisamente el conjunto de vicisitudes, circunstancias, ocasiones, obstáculos, facilidades, dichas e infortunios que, *según su grado de evolución*, *opone* la ley de la vida al alma humana durante su permanencia en este mundo, de modo que su *voluntad* se esfuerce en *contrariar* lo adverso y *aprovecharse* de lo favorable para acrecentar la fuerza de su voluntad con el vencimiento de la resistencia.

Es posible que quienes cuelan el mosquito y se tragan el camello, exclamen indignados: ¡Herejía! ¡herejía! Eso huele a neoplatonismo o cosa parecida. Pero ahí tenemos a un ingenio tan esclarecido y fértil como Calderón, a quien nadie podrá tildar de heterodoxo, que en su magistral obra *La vida es sueño*, plantea sin pretensiones de drama de tesis, el problema del fatalismo en sus relaciones con el libre albedrío, y lo resuelve con una alteza de concepto y una tan admirable intuición de la verdad, que supera a cuantos pensadores, filósofos, psicólogos y teólogos trataron de estas arduas cuestiones metafísicas, y coincide con el criterio sustentado hoy día por los que, como el profeta Eliseo, ven con los ojos del espíritu.

La vida es sueño se representó sin reparo de la censura en la época de mayor prestigio de la Inquisición española, cuya suspicacia no hubiera dejado en limpio ni una tilde sospechosa de heterodoxia. Recordemos el argumento:

El rey Basilio de Polonia, más aficionado a las matemáticas y a la astrología que a la política, tuvo en su esposa Clorilene un hijo a cuyo nacimiento *se agotaron de prodigios los cielos*. Repetidas veces soñó su madre, durante el embarazo, que atrevido rompía sus entrañas un monstruo en forma de hombre que le daba muerte. Nació en un día de eclipse total del sol acompañado de conmociones sísmicas y violentos pedriscos que arrasaron las tierras y enrojecieron las aguas de los ríos. La madre murió de sobreparto, en cumplimiento del sueño, a pesar de que entonces como ahora es contrario al primer mandamiento creer en sueños. El rey Basilio dedujo de sus conocimientos astrológicos el horóscopo de su hijo Segismundo, viendo que había de ser el hombre más atrevido, el príncipe más cruel y el monarca más impío, que arruinaría el reino y su mismo padre caería rendido a sus plantas.

Determinóse el rey Basilio a contrariar el vaticinio de los hados, por ver si su ciencia tendría dominio sobre las estrellas, y a este fin mandó pregonar que el infante había nacido muerto, pero encerrándolo bajo la custodia del alcaide Clotaldo, único sabedor del secreto, en una torre labrada entre peñas y riscos, a la que nadie podía acercarse so pena de muerte. Allí creció Segismundo sin ver otro rostro humano que el de su carcelero Clotaldo, hasta que, arrepentido el rey de haber dado tan fácil crédito al horóscopo, declaró ante su corte, que bien pudiera Segismundo vencer con su albedrío la inclinación del destino, «porque el hado más esquivo, la inclinación más violenta, el planeta más impío, sólo el albedrío inclinan, no fuerzan el albedrío.»

Con estas entrecomilladas palabras, puestas en boca del rey Basilio, se muestra Calderón partidario de la ortodoxa doctrina del libre albedrío, y opuesto al fatalismo, dando a entender que la voluntad cuando quiere y el entendimiento cuando conoce, *pueden* dominar el destino en vez de sujetarse a él, aunque, según veremos más adelante, se requieren para ello determinadas condiciones que no siempre dependen del conocimiento y de la voluntad. Pero prosigamos relatando el argumento de *La vida es sueño:*

Para hacer la prueba, manda Basilio sacar de la torre a su hijo mientras duerme bajo la acción de un narcótico, y al despertar se ve Segismundo servido y aclamado por príncipe heredero y gobernador general del reino por determinación de su padre. Pero el príncipe muestra su violentísimo carácter, según había vaticinado el horóscopo, y al convencerse el rey de que su hijo carecía de la necesaria fuerza de voluntad para reprimir su condición y vencer al destino, vuelve a sumirle en profundo sueño por la acción del narcótico que le da por mano de Clotaldo, y lo encierran otra vez en la torre donde al despertar cree que ha sido sueño todo cuanto le ha pasado.

Tranquilizada la conciencia del padre por haber puesto a prueba la voluntad de su hijo, por ver si queriendo podía sobreponerse al hado, nombra heredero de la corona a su sobrino Astolfo, duque de Moscovia; pero el pueblo y parte del ejército recusan a Astolfo por su condición de extranjero, y como ya es notoria la existencia del heredero legítimo y toda Polonia está enterada de lo ocurrido, estalla una sublevación a favor de Segismundo y en contra del rey Basilio y de su sobrino Astolfo. Los sublevados sacan en triunfo de su encierro a Segismundo, quien se coloca a su frente y en batalla campal vence a las tropas leales, que, por vencidas, se convierten en traidoras. El rey Basilio y Astolfo se esconden en el monte, pero aunque el rey puede huir mientras Astolfo le guarda las espaldas, prefiere entregarse a su hijo, a cuyas plantas se arroja impulsado por la fuerza del destino. Pero Segismundo aprendió la lección que le diera la breve experiencia que le pareció sueño, y logra vencer al hado venciéndose a sí mismo; y levantando a su padre del suelo en donde postrado estaba, se rinde a sus plantas, ofreciéndole su cuello para venganza. Enternecido el rey por tan noble acción, le declara vencedor y digno del laurel y la palma.

En diferentes pasajes de este incomparable drama, da a entender Calderón, por boca de sus personajes, que no es la astrología judiciaria una vana ciencia ni una ridícula superstición como hoy aseguran los astrónomos de telescopio y fotografía, que sólo observan movimientos, miden distancias, calculan magnitudes, predicen eclipses y son, por decirlo así, los ingenieros de la mecánica celeste, sin que su mente en demasía concreta alcance a descubrir los arcanos del dinamismo espiritual del universo.

Entresaquemos los pasajes en que Calderón y con él la censura eclesiástica de su tiempo dan carácter de ciencia verídica a la astrología judiciaria. Dice así el rey Basilio:

Esos círculos de nieve, esos doseles de vidrio, que el sol ilumina a rayos, que parte la luna a giros; esos orbes de diamantes, esos globos cristalinos, que las estrellas adornan y que campean los signos, son el estudio mayor de mis años, son los libros donde en papel de diamantes, en cuadernos de zafiro, escribe con líneas de oro en caracteres distintos el cielo nuestros sucesos, ya adversos o ya benignos.

Esto no es ni más ni menos que la doctrina orientalista según la cual todos los sucesos pasados y futuros están impresos, como proyección de película en la pantalla, con estereotipada fijeza, en la materia cerúlea a que en sánscrito llaman *akasa*. Sin embargo, los sucesos futuros no están preestablecidos caprichosamente,

sino que son consecuencia natural de los pasados, como el efecto lo es de la causa y la reacción de la acción.

Ahora bien, la voluntad humana es una fuerza cuya acción es el querer, y como tal fuerza puede establecer *libremente* otras causas cuyos efectos sean contrarios a los resultantes de las causas anteriores cuyo efecto han de ser los sucesos vaticinados, pero no fatalísticamente, por el horóscopo.

En otro pasaje dice Clarín, herido de muerte:

Soy un hombre desdichado, que por quererme guardar de la muerte, la busqué. Huyendo de ella, encontré con ella, pues no hay lugar para la muerte secreto; de donde claro se arguye, que quien más su efecto huye es quien se llega a su efecto. Por eso tornad, tornad a la lid sangrienta luego; que entre las armas y el fuego hay mayor seguridad que en el monte más guardado, pues no hay seguro camino a la fuerza del destino y a la inclemencia del hado. Y así, aunque a libraros vais de la muerte con huir, mirad que vais a morir si está de Dios que muráis.

A esto responde el rey Basilio:

Que son diligencias vanas del hombre, cuantas dispone contra mayor fuerza y causa.

Ambos pasajes parecen cohonestar la doctrina del fatalismo; pero bien examinada la declaración de ambos, se echa de ver que no es que Dios haya decretado a su antojo la muerte de quien ha de morir violentamente a pesar de huir de la muerte, sino que la voluntad del sentenciado no fué lo bastante recia para establecer una nueva causa contraria y mayor que la que anteriormente por él mismo establecida había de tener por efecto su muerte.

Análogo razonamiento cabe aplicar a las palabras del rey, pues si bien dice que son diligencias vanas del hombre cuantas dispone contra mayor fuerza y causa, es evidente que si con su voluntad, con su firme querer y su cuerdo conocimiento las dispusiera de modo que la fuerza y la causa contrarias fuesen *menores* que la fuerza de su voluntad y la nueva causa por esta fuerza establecida, resultaría vencedor del destino.

Así lo confirma prudentemente Clotaldo al decirle al rey:

Aunque el hado, señor, sabe todos los caminos, y halla a quien busca entre lo espeso de las peñas, no es cristiana determinación decir que no

hay reparo a su saña. Sí hay; que el prudente varón, victoria del hado alcanza, y si no estás reservado de la pena y la desgracia, haz por donde te reserves.

Es decir, establece una causa propicia, haz algo bueno en tan alto grado que te reserves, esto es, que te libres de la pena y la desgracia con que te amenaza el destino que con tu anterior conducta tú mismo estableciste.

Segismundo corrobora también la veracidad de los horóscopos, o sea del destino con que el individuo nace, pero que le cabe alterar en próspero si es adverso, con su prudente conducta, o agravar más con su siniestro proceder. Dice así:

Lo que está determinado del cielo y en azul tabla Dios con el dedo escribió, de quien son cifras y estampas tantos papeles azules que adornan letras doradas, nunca engaña, nunca miente.

Asimismo parece esto una defensa del fatalismo; pero decir que lo que está determinado del cielo nunca miente, no es decir que irremisiblemente haya de suceder, sino que no engaña lo escrito por el dedo de Dios como resultado de las anteriores acciones de quien cuyo destino señala. Y así el horóscopo, cuando bien de él se usa, sirve de lección preventiva que bien aprovechada con la seguridad de que *no engaña ni miente*, puede servirle al hombre para regular su conducta de modo que el albedrío prevalezca contra el destino.

Pero si el horóscopo se profana en manos de charlatanes y logreros que lo sacan a tanto el cuanto y sólo le sirven de curiosidad o de espantajo a quien lo compra, no pasa de ser entonces la astrología una tan vana superstición como la de los mentalistas, echadoras de cartas, sonámbulas y adivinas de pan ganar.

El horóscopo ha de ser cálculo y traza de un profundo conocedor de la dinámica celeste, del grandioso pentagrama de la música de las esferas, de la fraternal solidaridad de los mundos, soles y sistemas en la diversificada unidad del Cosmos. Y quien de tan auténtica procedencia recibe lo que bien pudiera llamarse la estadística de sus antecedentes penales, ha de aprovecharla como verdadero aviso del cielo para normalizar su conducta y

gobernar su vida, de modo que cuando sobrevenga la vicisitud, contingencia, ocasión o circunstancia vaticinada en el horóscopo, *pueda* resistirla y vencerla si es adversa o acrecentar su eficacia si fuese próspera.

Estas razones coinciden punto por punto con las que pone Calderón en labios del príncipe Segismundo, cuando, después de decir que el horóscopo nunca engaña ni miente, añade que quien miente y engaña es el que por mal usar de él y no aprovechar sus lecciones, pretende esquivar torpemente sus vaticinios.

El rey Basilio se amedrentó al ver el horóscopo de su hijo y el temor llevóle por el camino opuesto al que debía seguir, pues deseoso de excusarse a la saña de la condición de su hijo, le hizo una fiera humana, de suerte que aunque hubiese nacido dócil y humilde bastara tal linaje de crianza para hacer fieras sus costumbres. Dice Segismundo:

La fortuna no se vence con injusticia y venganza, porque antes se incita más, y así quien vencer aguarda a la fortuna ha de ser con cordura y con templanza. No antes de venir el daño se reserva ni se guarda quien le previene; que aunque puede humilde reservarse de él, no es sino después que se halla en la ocasión, porque ésta no hay camino de estorbarla.

En el precedente pasaje está enunciada admirablemente la universal ley de causalidad o de causa y efecto, de acción y reacción, en que la voluntad humana es de por sí una fuerza componente del complicado sistema del universo moral, pero capaz de coincidir con la resultante en magnitud, intensidad, dirección y sentido.

El fatalismo tiene razón en cuanto no hay camino, no hay medio ni modo de impedir que sobrevenga la ocasión, esto es, la vicisitud, contingencia o circunstancia que ha de servir de *resistencia* a la *potencia* de nuestra voluntad. Por lo tanto, lo importante es fortalecer la voluntad por medio de la educación, para que cuando llegue la adversidad, *queramos*, *sepamos* y *podamos* resistirla y vencerla.

El rey Basilio no cae rendido y humillado a los pies de su hijo porque *fatalmente* había de suceder así por sentencia del cielo, sino porque «erró en el modo de vencerle».

Hay otra especie de fatalismo en apariencia más lógico, según

el cual si Dios lo tiene todo presente y ve desde el principio al fin cuanto ha sucedido, sucede y ha de suceder, no *podrá* la voluntad humana, por más que *quiera*, variar ni un ápice el plan de Dios.

Sin embargo, reflexionando sobre este punto, advertiremos que la divina voluntad no se opone al albedrío de la voluntad humana, cuya acción es libre dentro de los límites y bajo las condiciones del mundo que tiene por campo de experimentación; pero como Dios es omnisciente, omnipotente y está en todas partes por esencia, presencia y potencia, *conoce el uso que cada cual ha de hacer de su albedrío* sin que por ello violente la voluntad humana.

El determinismo, revestido de ostentoso ropaje científico, no considera al hombre sujeto a un destino fatal e inevitable; pero en el fondo, esta doctrina no es más que una modalidad atenuada del fatalismo, pues se funda en que por no haber efecto sin causa, todo tiene un motivo determinante, y en consecuencia todo está determinado por las inmutables leyes que rigen el universo, contra las cuales es impotente la voluntad humana. Según los deterministas, todas nuestras acciones, buenas o malas, están determinadas por un *motivo*, y cuando el hombre se ve impelido a la acción por varios motivos contrapuestos, cede al más poderoso, como si en nuestro interior hubiese un sistema de fuerzas psíquicas cuya resultante determinara la acción. Así, según dice Leibnitz, sería el alma humana un autómata espiritual con los motivos por muelles y los pensamientos y emociones por pesos y contrapesos.

Si no admitimos la evolución del espíritu, o sea de la conciencia, en correlatividad con la evolución de la vida y de la forma, ya admitida por los científicos, tienen razón los fatalistas y los deterministas cuyas doctrinas son como los dos lados de un ángulo unidos en el vértice común. Pero si admitimos la evolución del espíritu humano y vemos en el universo su campo de evolución, quedan armónicamente conciliadas las tres doctrinas del fatalismo, el determinismo y el libre albedrío, que sin el reconocimiento de la evolución espiritual no es posible conciliar ni tampoco comprender la razón de los innegables fenómenos psicológicos en que el fatalismo unas veces y el determinismo otras, prevalece evidentemente sobre el libre albedrío Admitida la evo-

lución espiritual, se infiere de ella que la voluntad no está igualmente actualizada en todos los individuos, y es más o menos flaca o más o menos recia según el grado de evolución de cada cual. Quienes todavía la tengan débil, los abúlicos, no podrán vencer su destino, es decir, los penosos efectos de las causas establecidas por sus siniestras acciones, pues la fuerza de su voluntad será nula o insuficiente para establecer otra causa que produzca efectos iguales y contrarios a los que, como espada de Damocles, penden sobre ellos. No le queda al abúlico otro remedio que sufrir los rigores de la suerte porque su voluntad es incipiente. Está sujeto al fatalismo. La resistencia es mucho mayor que la potencia.

La voluntad de quienes están en el promedio de la evolución espiritual se parece a una balanza de continuo oscilante entre el bien y el mal, entre la virtud y el vicio, movida por el incesante desequilibrio de las pesas (emociones, deseos, pensamientos, tentaciones, apetitos, etc.) cuya dinamicidad varía a cada punto de uno a otro platillo. En este caso la potencia es unas veces mayor, otras menor y otras igual a la resistencia. Es el período de lucha, de combate entre los motivos determinantes y la voluntad que se determina. Frecuentemente vencerá el motivo dimanante de la naturaleza inferior, sin que intervenga el albedrío; pero de cuando en cuando obtendrá la voluntad señalados triunfos que la robustezcan y predispongan al pleno ejercicio de su libre albedrío.

En la superior etapa de la evolución, el hombre ha educido por completo todas las facultades de su espíritu. La voluntad y el conocimiento culminan en el pináculo de la perfección. Ha cumplido el hombre el sublime consejo con que corona Cristo el sermón del Monte: «Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto.» Goza entonces de la libertad suprema y absoluta, la libertad de las pasiones; ha dominado su naturaleza inferior. Es dueño de sí mismo. Tiene la perfecta autonomía de su voluntad. El *querer* que es *poder*.

FEDERICO CLIMENT TERRER.

Del diario "El Sol"

EN un interesante artículo de Corpus Barga, publicado en el periódico «El Sol», se encuentran consideraciones de singular interés referentes a Mauricio Maeterlinck, de entre las cuales reproducimos las siguientes:

«Y Mauricio Maeterlinck reconoce esa hemiplejía humana en estos términos: «Parece, en efecto, que haya en el cerebro humano un lóbulo oriental y un lóbulo occidental, que nunca han funcionado al mismo tiempo. El uno produce aquí la razón, la ciencia y la conciencia; el otro secreta allá la intuición, la religión, la subconsciencia. El uno no refleja más que lo infinito y lo incognoscible; el otro sólo se interesa por aquello que puede limitar, que espera comprender » Maeterlinck concluye: «El lóbulo occidental, al menos en la extensión más activa de nuestro globo, ha paralizado hasta ahora y casi aniquilado los esfuerzos del otro. Le debemos extraordinarios progresos en todas las ciencias materiales, pero también catástrofes como las que hoy sufrimos y que, si no tenemos cuidado, no serán las últimas ni las peores. Es tiempo, parece, de despertar al lóbulo paralizado, pero le hemos olvidado tanto, que no sabemos ya a punto fijo lo que puede hacer.»

Maeterlinck, como lo hizo Bergson más autorizadamente, como tantos otros, expresa con motivo de la guerra un anhelo muy dado al equívoco. De sus citadas palabras, se puede desprender una atención loable hacia lo moral, pero a costa de la ciencia. ¿Y por qué se tiende a despreciar la ciencia? Porque se siente el fracaso en la civilización occidental. Pero ¿qué es lo qué ha fracasado en esa civilización? Evidentemente, no la ciencia. El que ésta no sea la moral y la dicha humanas, no habrá quien lo considere como un fracaso científico. Hoy resulta una postura poco científica la suposición de que la ciencia va a descubrir el objeto y los fines del ser. Pascal se puso a medir lo incognoscible sin profanar a la geometría.

Lo que ha fracasado es la moral en nuestra civilización, como en todas las civilizaciones de que hay historia. Y precisamente, si no los salvaran las

ciencias, hombres como Mauricio Maeterlinck caerían en el más oscuro fanatismo. Pero cada vez al hombre culto le será más difícil volver a la estrechura de una religión, por lo mismo que cada vez al artista le será también más difícil volver a la fórmula clásica. Los descubrimientos científicos que dan a conoc r otras civilizaciones y otras artes son los que mejor pueden producir la revolución moral, religiosa y artística. Claro está (y no vea en mis palabras el necio una grosera chabacanería) que la Santísima Trinidad pierde algo de su misterio si se considera su antecedente, la Trinidad bramánica. Mientras otra ciencia, la economía, da a las gentes la esperanza de una vida social mejor, la vulgarización de las ciencias que investigan en el pasado les confirman, a esas mismas gentes occidentales, el sentimiento humanitario de que su vida, su manera, su cultura, no es superior a la de los árabes o los chinos Ya ni un socialista cree en el porvenir como en un edén, y esto es así justamente porque el edén socialista asoma ya. Parece que el hombre va perdiendo el sentimiento secular, afirmado en cada siglo, en cada momento, de lo que pudiera llamarse el egocentrismo temporal. La cultura es copérnica: aplica al tiempo las teorías de Copérnico sobre el espacio; busca su sol remontado al través de las anteriores culturas; comprende su propia falta de totalidad cuando descubre la sabiduría antigua y; no se detiene en el Oriente, remonta hasta la cosmogonía hiperbórea del Lemur o del Atlante. Por lo menos, tal lo cree Mauricio Maeterlinck.

***

¿Y qué sabe Maeterlinck de la Atlántida? Lo que cuenta Platón, en «Timeo», que uno de los sacerdotes de Sais le dijo a Solón, y lo que han dicho modernamente, Scott Elliot, Steiner y Roisel. Segun éstos, hace más de doce mil años hubo un pueblo maravilloso que desapareció dejando rastros en las Galias, el Egipto, la Persia y las Indias. Ese pueblo tenía una geometría que empezaba donde concluye la nuestra, la de Euclides o de tres dimensiones; conocía la precesión de los equinoccios, las modificaciones de los astros; sabía templar el cobre; había explorado y colonizado todo el globo; era capaz de mover fuerzas que transportaban a distancias enormes, rocas de 1,500 toneladas, y sembró por el mundo más piedras movibles, las «piedras locas» de 500,000 kilos Los monolitos esculpidos de la isla de Pascuas, en la Polinesia, que son las más antiguas efigies humanas conocidas, se consideran por Maeterlinck y la tradición esotérica, como retratos de los últimos atlántes (mejor fuera decir lemures, pues por estos parajes lo que se levantaba era la Lemuria).

***

Pero estas concepciones, ¿no son las que tenemos ya con nuestros conocimientos actuales, no son ya nuestra sabiduría? Sí o no, según se nos presenten. Las reconocemos enseguida cuando nos presenta la reencarnación

del rey en el gusano el sepulturero de Shakespeare. Maeterlinck, tan de Shakespeare, hace con la filosofía una literatura que voy a comparar, acaso entre el asombro de sus lectores, a la que hacían Julio Verne y Wells con la ciencia. Lo que hacían éstos con la ciencia aplicada es lo que hace Maeterlinck con la ciencia pura. Desde los bordes de la ciencia, Wells tendía su imaginación a nuevas aplicaciones, a nuevas mecánicas, a nuevas cosas. Desde los bordes de la ciencia, Maeterlinck tiende su imaginación a nuevas abstracciones, a nuevas sombras, a nuevas personalizaciones.

Personalizar la abstracción es un viejo procedimiento literario. En Maeterlinck es sistemático y magistral. Llega a constituir una literatura honda dramática, interesante, como una novela, y que no es novela ni drama. Por ejemplo, es una meditación sobre la herencia y la preexistencia. Maeterlinck conoce muy bien los límites científicos y no se extralimita: la «herencia es incontestable» y la «preexistencia, necesaria». Pero el literato empieza a hacer sombras de las tendencias diversas reunidas en cada yo; y las sombras, con una melopea de adjetivos, cobran vida, se convierten en muchas vidas qne viven sus intrigas, sus heroísmos y sus tragedias en la sociedad aposentada sobre nosotros mismos. La psicología es, sin duda, la crónica de esa sociedad. Nosotros somos, según Maeterlinck, «una especie de encrucijada donde se cruzan todos los caminos del pasado, del presente y del porvenir, una venta al borde de los caminos eternos, donde se reunen a pasar unos días todas las vidas que forman nuestra vida».

Gran motivo para esta clase de literatura es, naturalmente, el espiritismo. Maeterlinck no lo desaprovecha cuando cae sobre un libro cual «Raymond, or Life and Death» del gran físico y espiritista inglés sir Oliver Lodge, que cuenta cómo éste habla con su hijo Raimundo, muerto en la guerra. Maeterlinck no es espiritista. Se queda con el fondo científico que tienen esas manifestaciones de aire tan absurdo, y siempre desde los límites de la ciencia hace pasar, como la sombra de una nube, la sabiduría antigua de la India, la cosmogonía antediluviana, prehistórica, inmemorial del atlante.

Algunas novísimas y desconcertadoras teorías científicas le sirven también de motivos excelentes a Maeterlinck. ¡Qué bien sabe el literato aprovecharlas! Aquí sabe cambiar los papeles. Las acompaña hasta que empieza el desconcierto. Toma la teoría de Hélan Jaworski de que la pequeña evolución embrionaria que preparara el nacimiento del hombre repite la gran evolución terrestre; y le deja solo a Jaworski con su hipótesis de que esta gran evolución es, a su vez, un vasto período embrionario que prepara el nacimiento de algo inimaginable. Al literato le basta con la primera parte; ahora no va a hacer literatura de la ciencia, sino a llenar de ciencia la literatura; va a personalizar, no abstracciones, materias; va a verter la materia en los moldes de la personalización; va a dar realidad a las metáforas; es decir, que en vez de hacer metáforas va a deshacerlas, a darles vida.

«Así, pues, —escribe Maeterlinck—, no solamente en sentido figurado, como lo presentía el lenguaje al hablar del árbol vascular, de las ramas de

nervios, del racimo del ovario, no solamente por analogía, sino al pie de la letra y en todo su rigor científico, nuestro corazón es, en el fondo, una medusa; nuestros riñones son esponjas, nuestros intestinos representan los pólipos y nuestro esqueleto los políperos; nuestros órganos reproductores son gusanos o moluscos, la columna vertebral y la médula reemplazan a los equinodermos, mientras que los braquiópodos y los etnóforos renacerían de nuestro ojo, los reptiles se reconocerían en nuestro aparato digestivo y los pájaros en nuestro aparato respiratorio».

Ya no somos una venta al borde de un camino, ahora somos, según Maeterlinck, «una colonia prehistórica, inmensa e innumerable, una aglomeración viviente de todo lo que vive, ha vivido y probablemente vivirá sobre la tierra». La diferencia de imágenes veis que encierra una misma, constante alusión.

***

Y es que Materlinck no sólo es el literato que sabe mover—y esto ya lo hace bien—una cola de adjetivos: es un pensador. Escéptico en la fe, preciso en la indeterminación, el resultado filosófico de su obra de hoy consiste en amueblar, en hacer habitable lo abstracto, lo desconocido y lo desolado. Cierto que consolar al triste es una obra de misericordia y no de filosofía.

Mauricio Maeterlinck, con el ambiente grato que recoge en la Costa Azul, se asoma a los libros más viejos y a los más nuevos; y cuando encuentra una idea negra, entra en ella como en un cinematógrafo. Cuando se cansa de leer se va al Casino de Montecarlo, y lo mismo que asomaba a los libros, se asoma a la sala de juego; ve levantarse la sombra del azar y personaliza al destino.

De estos quehaceres salen hoy sus trabajos literarios, grandes como artículos de periódico, que, reunidos bajo un título simbólico («Les Sentiers dans la Montagne», París, Eugène Fasquelle, éditeur), forman un volumen lirerario, filosófico y confortable, de más éxito en Inglaterra que en Francia.

***

«La Jeune Fille aux Pinceaux» («l'Edition Française Illustré, dibujo de Ramón Picho) una novelita que ha escrito Juan Pellirin, y que viene a ser un ensayo más (quizá un poco vodevil) de volver a la novela de aventuras. El éxito tan discutido de Pedro Benoit en «Kœnigsberg» y en «L'Atlantide», da alientos nuevos a esta tendencia. El éxito verdad es para las traducciones que se están haciendo de las admirables novelas de aventuras de Daniel de Foë.

Pellerin lo que hace bien es el «pastiche», género eminentemente francés, que tiene en España un cultivador: Mariano de Cavia, en sus «Despachos del otro mundo».

También se sigue cultivando la novela académica. Ha publicado «Une honnéte femme» (E. de Bossard, éditeur, París) Enrique Bordeaux, a quien podría llamársele, si no fuera tan odiosa esta manera de comparar, el Ricardo León de la literatura francesa.

***

Los mensajes y discursos del presidente Wilson han pasado a la Historia. Acaban de ser publicados en francés, en dos volúmenes de las ediciones Bossard.

CORPUS BARGA.

París y agosto

***

ASUNTOS DIVERSOS

PARRAFOS DE UN DISCURSO DE D. JOSE VASCONCELOS

Damos a continuación varios párrafos llenos de sabiduría e inspiración tomados del Discurso del Sr. Lic. don José Vasconcelos, Secretario de Educación Pública de México, pronunciado el 16 de noviembre de 1921 en la ceremonia conmemorativa del sexto centenario de la muerte del Dante, los cuales evidencian que, por fortuna, hay hombres eminentes de nuestra raza y de nuestro tiempo suficientemente desenvueltos de inteligencia y de voluntad para poder sostener su mirada en el renaciente amanecer de grandeza espiritual que nos ofrece la Sabiduría Antigua, sin sentirse presa de la ofuscación ni del temor que anula tantos entendimientos cultivados.

Dicen así dichos párrafos:

«Claro presagio es poder celebrar el centenario de Dante junto con la apertura de esta Sala de las Discusiones libres, que el Gobierno de México dedica a los ingenios de todo el mundo, para que en ella mediten, discutan, construyan o expongan ideas y doctrinas. Un recinto amparado con un nombre indostánico de la época de los Asokas y el Buda, y a la entrada, como evocación sublime, la figura del más alto, del más inspirado de los poetas del mundo. Coincidencias extrañas al parecer, inexplicables conforme a la lógica rigurosa de la historia, pero perfectamente naturales para el que penetra el sentido de las enseñanzas, para el que no atiende ni quiere atender a los procesos cronológicos o históricos, si ellos no significan una unión interna y esencial de las verdades reveladas en el curso de los tiempos. Coincidencia muy explicable dentro de la cultura latinoamericana, que tiende a producir una síntesis profunda de todos los valores universales, y fundada en el juego libre del espíritu, en busca de la revelación y la belleza. Una síntesis superior al criterio que cataloga épocas y acontecimientos en orden de ciega sucesión, sin la fuerza de adivinar la verdad profunda que se desarrolla dentro del caos absurdo de los acontecimientos y de la historia.

Universalidad, que no es multiplicidad discorde y dispersa, sino aliento

organizador y creador; sucesión de relámpagos en la noche de los tiempos, teoría luminosa surcada a trechos de confusión y de sombras: esa es la historia del alma y esa es también la historia del mundo. La mentira que los sentidos forjan se rasga primeramente como nube rota por el sol, cuando resuenan en la conciencia los primeros cantos del Rig Veda y los mitos de Orfeo. La luz parece extinguirse apenas nace y las sensaciones corporales vuelven a rodearse de sombras, pero, periódicamente, las tinieblas se rompen, y se suceden los preceptos pitagóricos impregnados del ritmo interior de los seres, y los secretos de Osiris que son como el rásgar de muchos velos. Resuenan enseguida los gritos sublimes de los profetas hebreos, y se aclara la verdad en los diálogos sublimes de los Upanishads. Aparece en seguida como una aurora la doctrina de Buda Sakya Muni, el verdadero Bautista, el anunciador de Jesús cuya venida confirmó la profecía de los orientales que le llamaron el Buda Maitreya, el Buda Misericordioso. De esta suerte cobra sentido la historia, y el alma levanta su vuelo. Y dentro de tal visión de conjunto la de Dante es una de esas voces que proclaman y confirman las verdades eternas».

....

«Claridades de los grandes cielos abiertos; estrellas de la noche profunda; ríos que fluyen; nubes que danzan; tierra extensa y mansa; todo es signo y trasunto de un devenir que corre y que a veces choca con nuestro destino que pugna. De allí nace el fuego desbordado de la fantasía que a semejanza de la potencia divina, ensaya con las formas la visión de los nuevos mundos. He aquí lo que se encuentra en Dante.

Como vidente lo concebimos los modernos: vidente y apóstol, y por lo mismo superior al genio: más que filósofo y más que poeta, iluminado. Era él uno de aquellos para quienes la vida es tragedia; tragedia, mas no desastre: transfiguración que produce valores eternos. Cuando el Dante habló la verdad cristiana renovada por San Francisco permeaba las almas de gracia, y la ansiedad, la angustia, la luz que palpita en las conciencias humanas y aun en el alma oscura de las bestias, todo pugnaba por libertarse en un cántico, y un cántico hecho acción fué toda la vida sublime del Santo. En seguida el Dante bajó al mundo de las sombras como si con el pensamiento pretendiera renovarlo, y así nació la «Comedia» apellidada «Divina»; como un ritmo profundo que nace en los conflictos infernales de la conciencia confusa y se depura y triunfa al confundirse con la fuerza, con la fuerza «del amor que mueve el sol y las estrellas»

....

«Padre y maestro es Dante: padre por la energía de su espíritu que quisiéramos revivir en las almas iberoamericanas, y maestro de altivez y rectitud que debe servir de ejemplo cada vez que sea preciso luchar por la libertad, y finalmente, profeta por su don excelso de adivinar en los aspectos de la representación humana el sentido y el destello de la belleza eterna». . .

*
* *

¡CONDUCEME!

El verdadero amante de Dios es optimista. Busca y encuentra el aspecto brillante de las cosas. Puede extraer claridad del rincón más obscuro. Cruza la vida con una sonrisa, un canto de dicha, una fe permanente en el Absoluto. Ama toda vida y lleva consigo un mensaje de esperanza, de valor y de ánimo a todo. Es generoso, tolerante, clemente y bondadoso, desprovisto de odio, envidia y malignidad, libre de miedo y preocupaciones. Se ocupa de lo que le corresponde y concede a los otros la misma libertad. Está lleno de amor y lo irradia a todo el mundo. Pasa la vida de un modo feliz, dichoso al tropezar con lo que lleva a otros a la desesperación y a la miseria; pasa sin hacerse daño por los más pedregosos caminos. Su paz viene de adentro, y todos los que se acercan a él se sienten influidos por su presencia. No busca la amistad ni el amor, porque a él van atraídos. El está tan en su casa en la vivienda del obrero como en el palacio del rico. Ambos sitios son para él como su morada. y sus ocupantes dignos de la misma consideración. Es hermano lo mismo del santo que del pecador, y a los dos ama igualmente, porque sabe que cada uno hace lo mejor que puede. Busca el bien en el pecador, más bien que el pecado en el santo. Sabe que él mismo no está exento de pecado, por eso no tira la piedra. El proscripto reconoce en él a un hermano, la mujer que ha caído confía en él sin miedo porque sabe que la comprende. Como él está cerca del Sol sabe que brilla sobre el santo y el pecador; opina que cuando Dios rehuse su calor a su más desobediente hijo, entonces podrá el hombre rehusar el amor a su hermano o hermana más degradada. No condena, no intenta usurpar las prerrogativas de Dios. Obra y obra bien. Encuentra dicha en su obra. Le gusta crear cosas, y está orgulloso de este deseo porque sabe que es herencia de su Padre. No se apresura ni se precipita. Tiene tiempo suficiente, todo el tiempo que hay, porque la eternidad dura siempre y él ya está en ella. Tiene fe permanente en el Absoluto. Cree en la Justicia infinita y en el Bien final. Sabe que el Padre está próximo a él, porque ha sentido el toque de la Invisible Mano. En la obscuridad de la noche ha sentido la pre-

sencia de su Padre, porque en el brillo deslumbrador del relámpago de iluminación ha visto su forma, y este recuerdo está grabado en su mente. Es humilde, cariñoso y bueno. Es una profecía del futuro. Si queréis ser como él, si sentís la llamada, no resistáis, contestad alegremente: «OIGO; obedezco; voy». Cuando sintáis el impulso no resistáis, abríos al Sol, recibid sus rayos, y todo irá bien. No temáis; tenéis en vosotros el amor que desaloja al temor. Poned vuestra mano en las del Absoluto, y decid: «CONDÚCEME».

ANÓNIMO.

***

Considerando el siguiente artículo inspirado en la corriente pura de pensamiento e intención propios del cristianismo efectivo, nos dispensará su autor que tengamos la satisfacción de darle cabida en VIRYA.

La Redacción

HACIA EL INFINITO

El hombre debe mirar hacia arriba en medio de sus luchas por la vida cotidiana. Si no hay al alcance un templo destinado para orar, sepa el cristiano que todos pueden adorar a Dios en el altar de su propio corazón, o en la cumbre de una montaña, o al raso, en el campo, al aire libre, teniendo por lámparas eucarísticas las estrellas del cielo.

Para la verdadera adoración sólo son necesarios Dios y el alma humana.

En cualquier lugar y tiempo o estación puede encontrar el alma a Dios.

Los Libros Sagrados, las Escrituras Inspiradas, proceden de una sola fuente: DIOS. El habla a través de las almas que quieren escuchar su voz.

La sabiduría es el hálito, el soplo, el aliento del poder de Dios, que penetra en las almas, haciéndolas sus amigas predilectas.

El principio fundamental de todas las religiones es DIOS.

Todos los pueblos tienen su religión, más o menos racional, según su grado de civilización.

Los chinos dicen: «El entendimiento agudo ve la verdad que hay en las religiones; el entendimiento obtuso sólo ve las diferencias».

Los doctores de la India enseñan que «para aquellos en quienes el amor mora, el mundo no es más que una sola familia».

En las Escrituras Persas se lee que sólo hay una religión.

El sacerdote de la Persia, dirigiendo los ojos a lo alto, hace su plegaria y termina diciendo: «Por cualquiera senda que vaya, llegaré a Ti, oh Dios».

La Divina Esencia es siempre el objeto supremo de la adoración y culto de los hombres.

El adorador de Buda—el sabio—recorriendo la mirada por el espacio y bajando los ojos de las alturas, habla en su interior diciendo: «Ancho es el manto de Dios y hermosos los colores con que lo adornó».

El cristianismo, la más perfecta de las religiones, dice con su Divino Fundador: «¿No somos todos hijos de un mismo Padre?»

De una misma sangre—la sangre de Adán— hizo Dios a todas las naciones que habitan sobre la haz de la tierra.

Las flores del altar son de muchas clases, pero la adoración es una.

Para el alma en armonía con el Infinito, los refulgentes colores del arco iris, los trinos del pintado pajarillo, el aroma de las flores, los poéticos albores de la mañana, los imponentes celajes vespertinos y los magníficos esplendores de las noches sin nubes, son revelaciones del amor del Padre que vive en las alturas.

MARCELO MALDONADO
Cura Párroco de Villa Colón

*
* *

Personas que muy de tarde en tarde escriben al señor R. Brenes Mesén, y que no le estiman y recuerdan menos por eso, se complacen en saber que en la Universidad de Syracuse, en New York, y en los adelantados círculos en que vive, se rinde culto a las dotes de ilustración y virtudes que le distinguen. Estas personas lamentan no tenerle a su lado, egoísmo tal vez disculpable, y aplauden la sinceridad de carácter que constituye el más saliente

distintivo de su fisonomía moral. Con fraternal saludo para el hermano distinguido y su digna familia.

TOMÁS POVEDANO

*
* *

EL CLERICALISMO CATOLICO

Señor Editor del *Repertorio Americano*

Por cartas de personas que me honran con su recuerdo, me enteré de que un diario de esa localidad recogió y publicó el rumor de una conversión al catolicismo realizada por quien suscribe.

¿Me permitirá Ud. un breve espacio en las páginas de su ilustrada revista para denegar enfáticamente esa aserción?

Si por catolicismo no se hubiese dejado—siglos hace ya—de comprender la catolicidad de la fraternidad humana, años ha que católico hubiera sido. Pero en un país donde los representantes autorizados del catolicismo sólo saben odiar con fervor y carecen de la cultura necesaria para corregir enseñando, para cautivar con su sabiduría o su elocuencia las curiosas e indómitas mentes de la juventud, un joven de cierto entendimiento no puede ser católico. Y más tarde en la vida, si se ha tenido—como felizmente tuve yo—tiempo y gusto por el estudio de las religiones comparadas; si se ha logrado descubrir y saborear el deleite incomparable del sentimiento genuinamente religioso, sin relación alguna con las formas limitativas de las religiones positivas de suyo circunscritas a determinados grupos humanos, si se ha tenido la fortuna de recibir, por una vez siquiera, un rayo de la luz espiritual del misticismo, entonces todas las religiones adquieren una encantadora seducción, porque todas nos llevan como de la mano a la inagotable fuente de la sabiduría divina; entonces no se puede ser católico romano, con exclusión de las demás religiones del mundo. Obsérvese que no hay un solo místico que sea católico romano, exclusivamente. Todos adquieren la entonación universal. Por eso los místicos constituyen la pesadilla de la iglesia católica. Ella les hace beatos y santos, contenta de que estén muertos. Mientras vivos, los más conocieron la prisión o la reclusión de los conventos.

La escasísima juventud pensante de ese país no debe olvidar que el romanismo es una fuerte organización política que aspira al gobierno de las naciones donde prevalece. Eso es lo que llamamos clericalismo. Ese es el peligro político que amenaza a esos pueblos: el triunfo de los ultramontanos es la muerte de las libertades públicas. Su perversidad moral es tal, que a sabiendas del profundo error se complacen en poner en juego los sentimientos de las masas para alcanzar proventos políticos esencialmente clericales. Confunden, deliberadamente, los intereses de la religión con los intereses de la casta sacerdotal, cosas que son, no solamente distintas, sino en los más de los casos opuestas.

Mientras la religión abre amorosamente los brazos para recibir a todos los hombres sin distinción de razas, castas, creencias o color, el clericalismo grita anatemas, excomulga, maldice, condena, calumnia y persigue. La religión ama; el clericalismo católico odia. ¿Quién no ha visto el rojo mefistofélico del odio coronando el púlpito? La religión tiene moradas para todas las almas, para todos los entendimientos, ilustra y da sosiego a todas las conciencias; posee sabiduría para saciar las más hondas y angustiosas ansias de conocimiento del investigador sincero y valeroso. El clericalismo católico, por el contrario, no tiene más que una puerta de entrada para todos y una sola morada sombría para todas las inteligencias. De ahí que tantas, las más sinceras, se devuelven o quedan en el círculo eclesiástico político con numerosas reservas mentales, o por gratitud, o por la inercia de quienes no dan importancia a los asuntos religiosos, considerándolos como impropios de sus altas capacidades y de su ciencia.

Ser católico y ser clerical no es una misma cosa, eso es obvio; pero en ese país el católico está compelido a hacerse clerical; de otra suerte, para el clero, no es enteramente católico, pues que conserva independencia de juicio. Y como el clericalismo condena los principios que en tanta consideración tenemos los hombres que hemos recibido la influencia de la cultura política y social de la época, no veo fácil mi conversión al catolicismo.

¿De dónde el rumor a que dió publicidad el diario a que aludí al principio? Probablemente a causa de la publicación de un ensayo acerca del Misticismo. Mas fuera de que allí se trata

esa cuestión en relación con los métodos de investigación de la verdad, el misticismo verdadero, el que es corazón y alma de toda religión, es universal y nada o poca cosa tiene que ver con las organizaciones eclesiásticas de las religiones positivas. Se puede ser místico, sin pertenecer a ninguna iglesia especial. La teología separa las religiones, el misticismo las une, dejando ver la inspiración común a todas ellas. El místico ama la Religión y cualquiera que sea el culto que practique, no es para él otra cosa que el vaso predilecto donde se sirve el vino de la sabiduría infinita. Pero él sabe que el vaso no es la sabiduría.

Si la noticia no se hubiese hecho circular con fines aviesos, no me habría detenido un solo instante a rectificarla. Yo no aspiro a ser un hombre consistente con sus opiniones de la juventud. Por el contrario, me esfuerzo en ejercitar el privilegio, humano por excelencia, de pensar. Aun me complazco, en mis horas de reposo, en tratar de pensar y sentir como sintieron y pensaron los hombres de otras edades, de otras civilizaciones, de otras razas, para experimentar el deleite de multiplicar mi ser en la profundidad de mi conciencia.

ROBERTO BRENES MESÉN.

Syracuse, New York, junio de 1922.

***

De la revista *El Universo*, que se edita en Puerto Rico:

«LAS TRES GRANDES LUCES

Las tres grandes luces de la Masonería simbólica son la Biblia, la Escuadra y el Compás, y el encargado de encenderlas, al empezar los trabajos en Logia, es el Maestro de Ceremonias.

En muchas Logias la Biblia es sustituida por la Constitución de la Orden, por el Korán, por el libro de los Vedas, etc., de conformidad con las creencias y opiniones de los hermanos que integran cada Taller.

Pero cualquiera que sea el libro que se coloque sobre el altar de los votos, él representa la sabiduría divina, siendo el símbolo de la revelación de la verdad.

Biblia o Constitución, Korán o libro de los Vedas, su significado es una expresión sincera y profunda del concepto espiritualista y creyente de la

Institución que proclama como verdades inconcusas la existencia de Dios y la inmortalidad del alma.

Para el masón, para el verdadero masón, el libro que está abierto durante la ceremonia o solemnidad tiene en sus páginas eternas y luminosas, condensadas en parábolas o en estrofas llenas de vida lírica, las reglas indestructibles de la moral más austera y es una visión clara y constante de la senda que conduce a la propia y a la ajena felicidad.

La Escuadra es un ángulo de noventa grados, esto es, la cuarta parte de un círculo, siendo el símbolo de Lo inmutable. Es una fórmula científica, aceptada por todos los pueblos de la tierra. Representa el 47 problema de Euclides, del cual opinan los sabios que es la geométrica expresión de una de las invariables leyes sobre las cuales descansa la construcción matemática del Universo.

Según nuestras leyendas emblemáticas es la Escuadra el símbolo de la Justicia divina, invariable, universal.

El Compás simboliza el Amor infinito de Dios hacia sus criaturas. Así como las puntas del compás se dirigen a todas las direcciones geográficas, el Amor infinito de Dios se dirige constantemente a todas las almas, sin que exista un solo momento en que no estemos en presencia del Gran Arquitecto del Universo.

El Compás representa también el cielo, lo infinito; la Escuadra es el emblema de la humanidad en su perenne evolución hacia la luz, y la Biblia es el espíritu de la verdad que se dilata en las inmensas páginas de la vida.

Impulsado por estas ideas el hombre lucha incesantemente por los eternos principios que constituyen los sagrados e inalterables límites de la masonería; la creencia en Dios, el concepto de la inmortalidad del alma y la fraternidad humana.

Y este bello poema de la Vida universal se repite constantemente en las Logias, colocando el Compás sobre la Biblia y bajo la Escuadra, en cambios sensibles desde el grado de aprendiz hasta el de maestro, siendo el simbolismo tan claro y la idea tan perfecta, que el espíritu menos perspicaz puede observar sin dificultad alguna la hermosa leyenda en que se espiritualiza la materia en su divina ascención a los cielos, volando en alas de la virtud, desde la piedra informe y sin pulimento a la piedra cúbica, de brillantes facetas, iluminadas por la perfección; y desde la piedra cúbica al triángulo inmortal formado por estas líneas rectas: sabiduría, justicia y amor, que en expresión sintética es el ojo inefable del Gran Arquitecto del Universo, resplandeciendo siempre sobre el trono del Venerable Maestro.

Por eso es que ninguna Logia en el mundo puede abrir sus trabajos sin que se desplieguen tales símbolos, que indiquen claramente el grado en que se trabaja.

La vida es una constante vibración hacia un ideal. Por amplias carreteras o por estrechos y peligrosos senderos es preciso avanzar hacia la perfección. Y así, pacientemente, vamos labrando la piedra cúbica en nuestros humanos empeños hacia la virtud y en nuestras profundas abstracciones en

pos de la verdad. Por eso es que en la vida masónica no se concibe ni la inercia ni el pesimismo. Es necesario avanzar con la visión del triunfo. Sabiduría, justicia y amor. He ahí el bello triángulo simbolizado por la Biblia, la Escuadra y el Compás y que sirve de foco luminoso en nuestros senderos hacia la perfección.

Hay que pensar que todos los infortunios que nos alcanzan, dependen de nosotros mismos. El mundo es una obra perfecta. Lo regula una Ley divina. Lo alumbra una Sabiduría infinita. Lo sostiene un Amor sin límites. Y si actuamos de conformidad con tales ideas, si no olvidamos los fecundos símbolos que vemos siempre sobre el altar de los votos en nuestros templos, si vibramos constantemente en una atmósfera de sabiduría, de justicia y de amor, como nos enseñan las Grandes Luces de la Orden, tendremos la satisfacción espiritual del cumplimiento de nuestros deberes, de donde derivaremos supremas energías para afrontar serenos y tranquilos, las tempestades del mal que constantemente nos amenaza, y del dolor con que nos hieren los eternos enemigos de nuestra felicidad: el odio, la hipocresía, la ignorancia y el fanatismo.

MODESTO CORDERO».

*
* *

PARRAFOS DE «RECOGIMIENTO»

LIBRO QUE EDITARÁ PRÓXIMAMENTE EL SEÑOR GARCÍA MONGE

Objetas que *todo está dicho* desde hace miles de años. Ciertamente; pero sólo unos pocos bordean el camino que insinuaron los orientales de la literatura vedandina. En esos libros antiguos, de hace cuarenta siglos, encontramos que el hombre tiene poderes supremos y que por su triple naturaleza es divino.

«El Mahabarata», por ejemplo, que es el poema épico más trascendental que conozco, entre sus 200 mil versos contiene un fragmento que se ha coleccionado separadamente con el nombre de «Bhagavad-Gita» (El Canto del Señor). Este Bhagavad encierra toda la Sabiduría; y de él hace tres mil seiscientos años ya; y de este libro, muy pocos saben...

Quien tenga el Bhagavad-Gita como obra de estudio constante, tiene una escuela en que se aprende el conocimiento de los secretos físicos, psíquicos, mentales y espirituales de la naturaleza. Quien lo estudia amorosamente oye el eco, a través de los siglos, del hermetismo. Es la Kábala del Occidente; es la magia y la filosofía yoga del Oriente; es la asombrosa y extraña teoría de los antiguos Iniciados que AHORA está poniendo al alcance de los hombres que buscan.

La mayoría de los hombres no buscan; pesa sobre ellos una indiferencia ancestral para la vida y, hasta hoy, muchos parecen haber querido ignorar lo que son y lo que pueden ser. No han podido saber que la vida es maravillosa y que tiene un sentido profundo de verdad. Basta un poco de atención

para saber que el Ser Divino está en todas las cosas y que todas las cosas son El. Lo que pasa es que muchos buscan el cielo con comodidad y reniegan de vivir porque hallan dolor. Pero el yámbico rotundo de Séneca nos dice:

Non est ad astra mollis e terris via.

Mas, si está en todos los hombres la capacidad receptiva para oir y ver la Verdad, ¿por qué son tan pocos los que tienen esa percepción? El Maestro responde: vé en busca de los Senderos, pero sé limpio de corazón. Aprende a distinguir lo verdadero de lo falso, y, sobre todo, haz diferencia entre la *Sabiduría de la cabeza* y la *Sabiduría del Alma*. Distingue entre la «doctrina del ojo» y «la del corazón». Porque se ha dicho: «Aun la ignorancia misma es preferible a la Sabiduría de la cabeza si ésta no tiene la del alma para iluminarla y dirigirla.

La doctrina «del ojo»—se ha dicho,—es para la multitud; la del corazón para los elegidos. Los primeros repiten con orgullo: VED, YO SE. Los segundos dicen en voz baja: ASI HE OIDO YO...

No es precisamente esa sabiduría que tú te empeñas en adquirir la que abre en el hombre la visión intituiva y espiritual. Con «tu sabiduría» serás un erudito; pero nada más que un erudito. Y te parecerás al águila que se remonta y colmarás así tu sueño. ¡Pero piensa que es mejor estar abajo para ver hacia arriba,—como el hombre,—y no estar arriba para ver hacia abajo, como el águila con que sueñas, o como el zopilote!

ROGELIO SOTELA

***

UN FENOMENO QUE HUBIERA CAUSADO UN ESPANTOSO CATACLISMO

El martes 31 de enero, la Tierra, en su movimiento de traslación, se separó de su centro unos cuantos momentos y sus polos se movieron en busca del nuevo centro de rotación.

Por consecuencia de este extraordinario fenómeno, unos cuantos millares de toneladas de roca sólida, cerca de la costa occidental de Estados Unidos, se hundieron en el fondo del Océano Pacífico.

El seismógrafo registró una desviación de milímetro y medio. Los observadores dicen que no pueden asegurar si el desplazamiento fué horizontal o vertical.

Esta es la forma en que los profesores de geología y los observadores seismográficos han explicado la causa de las violentas vibraciones de la Tierra que desmoralizó los instrumentos de los observatorios el día 31 de enero. Aun no se ha determinado el lugar exacto dónde ocurrió el hundimiento o deslizamiento, si bien los observadores, desde Washigton a Berkley,

California, convienen en que es probable que haya ocurrido a unos centenares de millas de la desembocadura del río Columbia.

La ausencia de noticias referentes a un quebrantamiento de la superficie visible de la Tierra o de grandes olas que usualmente se producen y parten de la escena de un terremoto, hacen creer a los observadores que derrumbe ocurrió en el fondo del Océano. Su violencia fué comprobada por los seismógrafos; que en algunos casos se salió del rollo de papel destinado a registrar las líneas, mientras que un aparato de Berkley, destinado a acusar grandes terremotos, se puso en movimiento por vez primera después de muchos años.

El singular fenómeno sólo fué observado en los observatorios seismógrafos, fuera de esos centros científicos, en los cuales los instrumentos modernos acusan con regularidad matemática los movimientos, por más insignificantes que sean, de nuestro mundo en sus diversas marchas, nadie sintió que la Tierra, debido a extraña y poderosa influencia, había perdido la orientación: si el fenómeno dura algún tiempo más, la masa enorme de hielos hubiérase desprendido de los polos levantando en los océanos olas inconmensurables que inundarían la Tierra como sucedió en el último diluvio: entonces, la muerte por el agua y por el frío habría acabado con esta humanidad que tan preocupada anda con lo que dice el vecino.

***

ADMIRABLE Y EFECTIVO ESFUERZO

Trabajos efectuados por la Administración de la Cruz Roja Americana en Rusia, hasta el 15 de febrero pasado.

Notas tomadas del «New York Time», de mayo.

UKRANIA.—Radio de acción, la del país, que es de 178,000 millas cuadradas, con una población de 25 millones de seres humanos; siendo de ellos 3 y medio millones judíos.

La población de niños hasta la edad de 15 años, es de 11 millones.

Del total de la población hay sin alimentos ni asistencia 3.700,000, y de ellos 1.600,000 son niños.

Han quedado reducidos a un 25 % los animales de tiro y para destace que existían en la Ukrania.

En todas las ciudades del Sur de Samara se han instalado cocinas americanas.

La mortandad está aumentando cada mes de modo alarmante.

En el Distrito de Ufa se presentaron los niños hasta de ocho años a recibir su ración, enteramente desnudos, y la temperatura en aquella fecha era de 15 grados bajo cero.

Se recibió una donación de la Cruz Roja Americana de tres millones de dollars, los que fueron empleados en la compra de 35,000 cobijas, drogas, ropas y elementos para hospitales.

En Stavropol ha instalado la Cruz Roja Americana 105 cocinas, con las

que está alimentando a 23,000 niños, lo que representa el 68 % de la población infantil de dicho lugar.

En otras ciudades están alimentando hasta el 90 % de la población infantil.

La Administración de la Cruz Roja Americana averiguó que en ciertos distritos se encontraban grandes bosques con la corteza de los árboles arrancada hasta una altura de seis pies; y pudo comprobarse que, la razón de esto era debida a que habían estado alimentándose con ella para hacer pan, formado por corteza de roble molida, yerbas y arcilla.

Un caso notorio de la buena organización y rapidez con que trabaja la Cruz Roja Americana, es el siguiente: El Presidente Harding presentó una propuesta al Congreso Americano para destinar 20 millones de *dollars* para los hambrientos rusos, y 55 días después de haber sido hecha esta solicitud, comenzaron a llegar a la región del Volga sesenta carros diarios de maiz, con un peso de 900 toneladas cada convoy.

El 15 de febrero de este año estaba suministrando alimento la Cruz Roja Americana en los siguientes lugares:

En Saratov, a 174,000 personas; en Kazán, a 317,216, con 2,356 cocinas y 362 instituciones; en Ufa, a 105,778 personas, con 874 cocinas; en Samara, a 257,994 personas, con 1,309 cocinas y 194 hogares; en Orenburg, a .... 148,365 personas; en Moscow, a 36,717 personas; en Sinbirsk, a 235,776 personas, con 1,224 cocinas y 232 instituciones; en Tzaritzin, a 111,732 personas, con 464 cocinas, incluyendo adultos y enfermos, y en Petrogrado, 35,000 personas, con 112 cocinas y 30 instituciones.

Están alimentando sólo en esta sección de la Rusia, a 1,422,581 personas diariamente.

***

TRIBUNA PARA TODAS LAS IDEAS

POR LA TEOSOFIA

San José, mayo 4 de 1922.

Señor Director de «La Tribuna»

Estimado señor:

Al darle a usted gracias por la atención concedida a mi carta del día 28 de abril, tengo la satisfacción de agregar como complemento de la misma lo siguiente:

Doña Colomba Pierra de Beltrán entregó a don Enrique Jiménez Núñez, y este señor deja a mi cargo para la remisión a su destino, la cantidad de 500 colones, producto líquido de lo recaudado en la velada que se verificó en beneficio de los niños rusos el 25 de abril en el Teatro Variedades, debiéndose notar que el buen resultado obtenido se debe en parte a la generosidad del señor Urbini, su empresario.

Respecto de los comprobantes de la cantidad antes citada en la carta del 28, y la de hoy, cúmpleme decir que se hallan en mi poder a disposición de quien quiera conocerlos, así como los correspondientes a los gastos de la velada.

De manera, pues, que nuestras logias de la Sociedad Teosófica, han tenido la dicha de reunir hasta la fecha y de poder enviar a su destino la suma total de colones 1,940.85.

Ahora, señor Director, confiado en la amplitud de su criterio, y no sin temer abusar de su bondad, espero se digne manifestar si me será dable poner reparo por medio de su imparcial y desapasionado diario a las acometidas de que viene siendo en Costa Rica blanco escogido la Teosofía, y no sóla ella sino otras nobles instituciones,—conquistas preciadísimas del progreso universal, que pugnan con preocupaciones y rutinas—. Dignas de respeto, como debe serlo toda sincera opinión y creencia, obstáculo efectivo opuesto al adelanto, a la realización de la armonía y la concordia a que deben aspirar los pueblos amantes de la libertad, de lo justo y de lo bueno.

Considero inconsulto y contraproducente cuanto se propala y se inventa en desprestigio de la Teosofía y la Sociedad Teosófica, e impropio de la cultura notable de este país, si se advierte que las ideas carentes de virtualidad llevan en sí el germen de su ruina, y viceversa, a propósito de lo cual dijo un avisado y prudente doctor en importante concilio: «no os metáis con esos hombres, porque si su designio o empresa es obra de ellos por sí misma se desvanecerá: pero si es cosa de Dios, no podréis destruirla y os expondréis a ir contra Dios».

Pido, pues, campo en la noble lucha de las ideas a que se nos llama teniendo por lema el *Deus meunque jus* de una institución salvadora de los derechos naturales del hombre y celosa del cumplimiento de sus deberes y, proclamándome ferviente cristiano; pero cristiano de la iglesia espiritual en que comulgan los hombres de buena voluntad sobre toda la tierra y termino hoy diciendo: Todas las religiones sirven de auxilio para la realización del plan divino de la evolución; pero no hay religión más elevada que la Verdad.

De usted Affmo.,

TOMÁS POVEDANO

(De *La Tribuna*).

***

NOTICIAS

DE CERCA Y DE LEJOS.—DE THEOSOPHY IN NEW ZELAND

Al referirse ahora a nuestra Presidente las publicaciones, la denominan «Doctor Annie Besant»—lo cual nos regocija—en reconocimiento de sus

grandes servicios a la educación en la India, y cuyo título honorario de Doctor en Literatura le ha sido conferido por la Universidad Hindú de Benarés. Nos agradan más, sin embargo, nuestros grandes plebeyos sin títulos, y siempre pensaremos de ella con el nombre que días y años de noble labor y sacrificio nos ha sido tan querido. No hay ahora lugar en nuestros corazones para prefijos o sufijos. «¡Annie Besant!» ha sido tanto tiempo el foco de nuestro afecto y admiración! No obstante, debemos colocar ahora al final de su nombre las letras D. L. en los documentos oficiales.

Este grado fué conferido primero por la Universidad a S. A. R. el Príncipe de Gales, y al día siguiente, el 14 de diciembre, fué Mrs. Besant la segunda persona honrada de ese modo. Ella inició y fundó hace diez y ocho años el Colegio Central Hindú, traspasándolo eventualmente cuando se organizó la Universidad Hindú de Benarés. Pero, quizás fué un servicio aun mayor el regreso del pensamiento indio a sus gloriosas tradiciones y a su antigua cultura, a menos de que se vuelva meramente imitativa y adopte un tono occidental materialista, no armonizado con su genio. Mrs. Besant era Jefe del Colegio cuando nuestro Rey y nuestra Reina—entonces Príncipes de Gales—lo visitaron, siendo por lo tanto, peculiarmente placentero ser felicitada por su hijo en los mismos salones, aunque no estén ya bajo su control, y compartir con él el más alto honor que puede otorgar la Universidad.

Dice el «Times of India» que «ella representó una parte importantísima si no la principal, en el resurgimiento del interés en la ilustración india. El Colegio de Benarés fué el padre de la Universidad Hindú; esa Universidad se honró a sí misma y dió un ejemplo admirable, reconociendo a los verdaderos promotores cuando se decidió a conferir este grado.»

Mrs. Besant ha aprobado la indicación hecha por Mme. de Manziarly de que en febrero 17 todos los teosofistas del mundo entero dirijan sus pensamientos de amor a Adyar.

En febrero 17, 1907, desencarnó nuestra Presidente-Fundador.

En febrero 17, 1600, fué quemado Giordano Bruno.

En febrero 17, 1847, nació Carlos W. Leadbeater.

Tendremos ahora, por tanto, tres festivales para la Sociedad Teosófica, en pleno:

Febrero 17, el Día de Adyar; mayo 8, el Día de Conmemoración consagrado a los que han pasado el más allá; y noviembre 17, el Día de los Fundadores, de donde data la vida de nuestra Sociedad.

Según el informe presentado en la Convención Anual celebrada en la India, la Sociedad Teosófica contaba en diciembre de 1921, en el mundo entero, con 1,349 Lógias, y 40,407 miembros, con un aumento de 7,087 miembros en el pasado año.

Mr. George S. Arundale, ex-Secretario General de la S. T. en Inglaterra, ha sido nombrado Comisionado por la Educación, por el Gobierno de S. A. el Maharaja Holker Badahur de Indore. Indore es uno de los principales Estados de la India.

A LOS PIES DEL MAESTRO, por J. Krishnamurti.

Ponemos en conocimiento de nuestros lectores, que ya está a la venta la nueva edición de este interesante librito; alto exponente de espiritualidad.

Los que deseen adquirir en cantidad dicha obra, pueden dirigirse al Administrador de la Revista Teosófica, Apartado 365, Habana.

* * *

Son muy recomendables los nuevos libros llamados a enriquecer el gran caudal de obras teosóficas, «Talks With a Class», de la eminente Doctora Miss Annie Besant, y Theosophy in the Light of Hinduism de Purendu Narayan Lina. Estos libros fueron editados por The Theosophical Publising House en Adyar, Madras, 1921.

* * *

«LA HERMANDAD BLANCA»

Dice de sí esta nueva revista, procedente de Masaya, Nicaragua, «que es blanca» porque sus fines son en realidad blancos, exentos de toda mancha, lo cual no deja de ser empresa árdua en este mundo: pero cuando tal afirmación se hace, fundamento tendrá, lo que sinceramente desea ver realizado la redacción de VIRYA, que agradece muy sinceramente la visita.

* * *

El día 27 de mayo último, tuvimos la satisfacción de constituir un intesante grupo de «La Cadena de Oro», el cual se desenvuelve con notable efectividad. En el siguiente número de esta publicación se darán detalles acerca de tan grato acontecimiento.

T. P.



PERMANENTE

LA SOCIEDAD TEOSOFICA

Esta Sociedad, que fué fundada en New York el 17 de noviembre de 1875, tiene por objeto:

1º—Formar el núcleo de una Fraternidad Universal de la Humanidad, sin distinción de raza, creencia, sexo, casta o color.

2º—Fomentar el estudio de las literaturas, religiones y ciencias Arias y otras Orientales.

3º—Un tercer objeto—perseguido únicamente por cierto número de miembros de la Sociedad—es investigar las leyes no explicadas de la Naturaleza y los poderes psíquicos latentes en el hombre.

A nadie se le pregunta al entrar a formar parte de la Sociedad cuáles son sus opiniones religiosas, ni se permite la ingerencia en éstas; pero se le exige a cada cual, antes de su admisión, la promesa de practicar para con los demás miembros la misma tolerancia que para sí quiere.

Equivocadamente se ha sostenido por ahí que han existido varias clases de Teosofía, lo que no puede ser. Habrá habido Sociedades cuyas tendencias se conexionen con la TEOSOFÍA; pero según anteriormente lo hemos afirmado, la TEOSOFÍA no ha podido nunca ser más que una, porque una es la Verdad. Elena P. Blavatsky decía a este propósito: «Si hablas de la TEOSOFÍA, contesto que así como ha existido eternamente a través de los infinitos ciclos del pasado, así también vivirá en el infinito porvenir; porque la TEOSOFÍA es sinónimo de la VERDAD ETERNA».